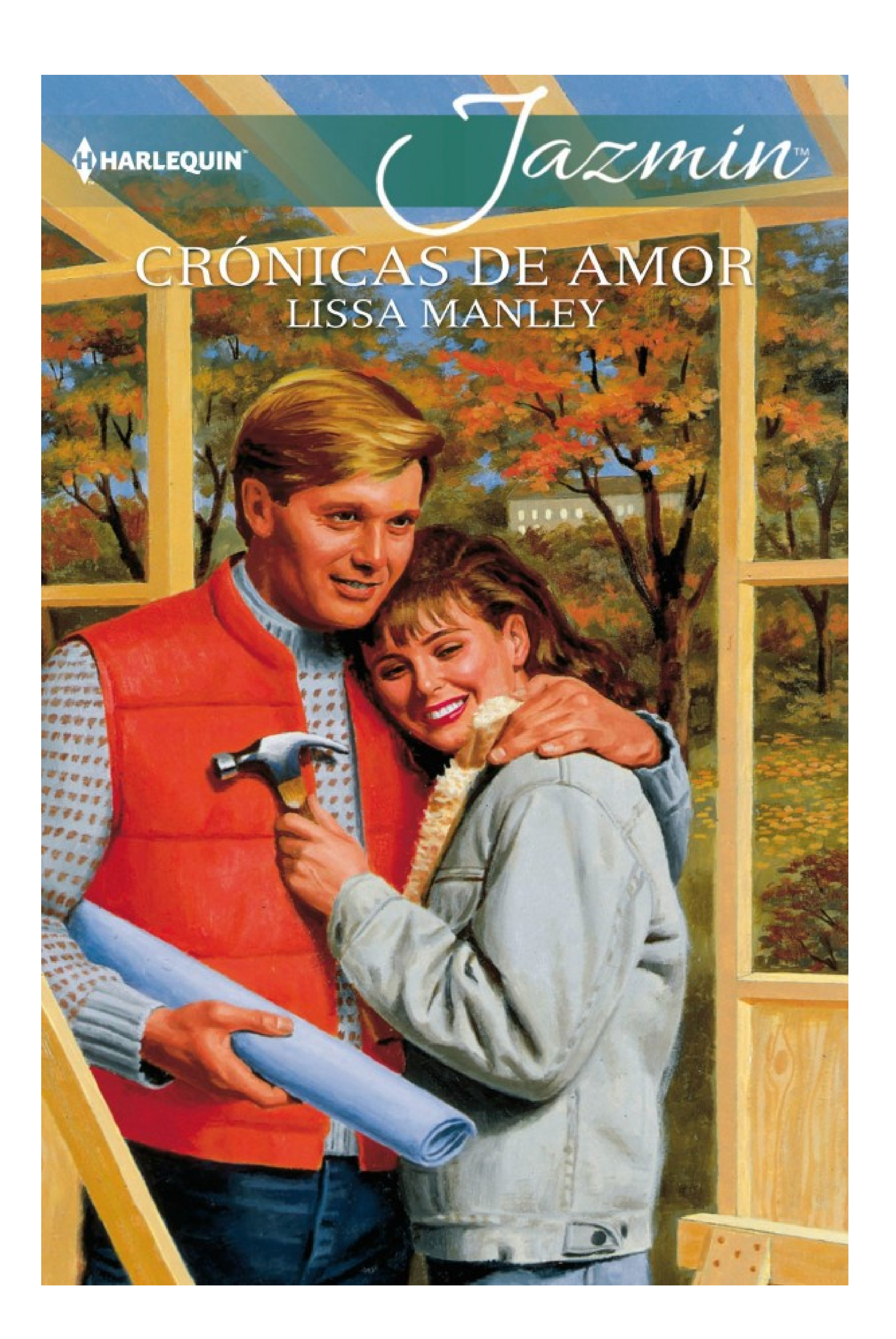

HARLEQUIN
Jazmin
CRÓNICAS DE AMOR
LISSA MANLEY

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Crónicas de amor, n.º 1862 - agosto 2016
Título original: The Baby Chronicles
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-8706-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

COLLEEN Stewart cambió de postura. Estaba incómoda y miró fijamente a su editor, que estaba al otro lado de la mesa. Después suspiró.

La tarea que le había asignado la desagradaba, no quería escribir aquel artículo, tenía que encontrar una forma de librarse de aquel trabajo. No podía encargarse de redactar las *Crónicas de bebés*, ya que corría el riesgo de enternecerse con los pequeños y ella no podía caer en la ternura.

–No entiendo cuál es el problema –le dijo Joe mientras se deshacía el nudo de la corbata–. Lo único que tienes que hacer es escribir sobre bebés. Es muy fácil.

Colleen no estaba de acuerdo, los bebés no eran un tema fácil para ella.

–Joe, rechacé este trabajo hace una semana –dijo Colleen. No quería mencionar las razones que tenía para negarse, Joe probablemente se reiría de ella–. Nada ha cambiado desde entonces, sigo sin querer hacerlo. ¿No puede hacerlo otra persona?

Joe negó con la cabeza.

–Tienes que ser tú. Rudy ha tenido que irse por asuntos familiares y Christy sigue cubriendo el tema de los recortes presupuestarios en las escuelas de la región. Tú te encargarás de esto.

Colleen se mordió el labio.

–¿Y Angela?

–De baja por maternidad.

–¿Y Steve?

–Lo despedí esta mañana.

Colleen se quedó estupefacta, pero siguió insistiendo.

–¿Y qué hay de Zack?

–Tú te encargarás de esto, Colleen –Joe frunció el ceño–. ¿Qué tiene de malo? Sólo tienes que supervisar el tema de las fotos y escribir el artículo.

A Colleen le hubiese encantado poder contarle a Joe por qué aquella sencilla tarea le resultaba tan difícil de realizar. Pero no podía hacerlo. Joe era un periodista duro y un hombre conservador. Nunca entendería por qué ella necesitaba mantenerse apartada de bebés, de cachorros, de las familias unidas y de los hombres cariñosos. Hacía tiempo que ella había aprendido que no tenía sentido estar cerca de las cosas que nunca podría tener.

Cosas que le hacían sufrir mucho.

Abrió la boca para replicar de nuevo, pero la dura mirada de Joe la detuvo. No tenía sentido seguir discutiendo, así que Colleen se recordó su capacidad para afrontar situaciones difíciles, como su infancia, y se propuso escribir el artículo sin permitir que aquellas adorables criaturas la enternecieran. Tenía que hacerlo. Su trabajo en el *Beacon* y su preciada vida en Portland, Oregon, dependían de aquel trabajo.

–¿Tienes algo más que decirme? –preguntó intentando sonar optimista mientras miraba por la ventana deseando que el soleado día la animara un poco.

–Sí, hay algo más. Hemos contratado a un fotógrafo autónomo para este trabajo.

Aquello la puso un poco nerviosa. Desde su experiencia con los hogares de acogida de niña, conocer a gente nueva siempre la intranquilizaba y la hacía sentirse vulnerable.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Joe se encogió de hombros.

–Es un buen fotógrafo y se ofreció a hacerlo por muy poco dinero. Quiere dedicarse a fotografiar niños y pensó que este trabajo sería una buena forma de empezar –Joe alzó la mirada–. ¡Ah! Aquí está.

De repente Colleen identificó un olor que le resultaba familiar. Sólo había una persona en el mundo que oliera de aquella forma. Era una mezcla de resina de árboles y aire fresco.

Aiden.

Pero era imposible que fuera él, Aiden estaba en un país lejano en conflicto haciendo fotos.

Aiden era fotógrafo, se repitió Colleen.

Pero era imposible, aquel olor que le resultaba tan familiar era tan sólo fruto de su imaginación. Aiden Forbes estaba muy lejos de

aquel lugar, era imposible que el fotógrafo encargado de fotografiar niños fuera él.

Colleen se sentía incapaz de moverse, de girarse para ver quién era el fotógrafo.

Ella había roto con Aiden hacía ocho años porque él la había amado tanto que había hecho que Colleen se diera cuenta de lo incapaz que ella era de amar a nadie.

Aiden le recordaba su gran defecto, aquello que había hecho que sus padres la entregaran a un centro de acogida.

–Usted debe ser Joe Capriati –dijo una voz que terminó de confirmar las sospechas de Colleen. Ella pudo ver cómo una mano fuerte y bronceada se extendía para darle la mano a su editor–. Soy Aiden Forbes.

Colleen perdió la respiración durante unos segundos. Todo su cuerpo temblaba y se tapó un poco la cara en un intento por esconderse, aunque estaba deseando ver cómo estaba Aiden después de tantos años. Pero no lo miró, ni siquiera podía moverse. Quizá él no la reconociera.

Por supuesto que la reconocería. Aiden iba a trabajar con ella en el artículo que le acababan de asignar. Colleen cerró los ojos y deseó que se la tragara la tierra.

Aiden Forbes, el único hombre que había logrado acercarse a las puertas de su defectuoso corazón, había vuelto.

Mientras le daba la mano a Joe, Aiden se quedó mirando a la mujer que le daba la espalda. Tenía el pelo largo y rizado que brillaba como el oro. Parecía que trataba de… ¿De esconderse?

Algo en aquellos hombros le resultó familiar, pero no sabía el qué. Hacía tan sólo una semana que había vuelto de Bosnia, y allí no había conocido a nadie con aquel pelo.

Sólo conocía a una persona con un pelo como aquel…

Pero no podía ser ella, Colleen siempre había dicho que se iría de aquella ciudad en cuanto pudiera. Ya debía de estar lejos. No volvería a aparecer en su vida nunca más.

Pero su curiosidad aumentó. ¿Cómo sería la cara de la dueña de aquellos preciosos rizos? Cuando terminó de darle la mano a Joe se giró para verla mejor.

Su corazón dejó de latir durante unos segundos.

Era Colleen.

Aiden se quedó estupefacto y de repente recordó el día en que ella le partió el corazón en mil pedazos. El dolor que vivió entonces volvió a aparecer como si aquello hubiera sucedido el día anterior en lugar de hacía ocho años.

«No te quiero, Aiden. Nunca te querré». Aquellas habían sido las palabras de Colleen entonces.

Aquellas palabras aún le causaban a Aiden mucho dolor y le hacían recordar el profundo daño que le había hecho.

Aiden apartó aquellos recuerdos de su cabeza. No quería ahondar en la tristeza que aquel rechazo le había provocado, haciendo que sus deseos de formar una familia desaparecieran para siempre.

Los duros años que había pasado como fotógrafo de guerra, viendo cosas que la gente sólo veía en sus peores pesadillas, le había ayudado a recuperarse y hacerse fuerte. Pero era difícil volver a ver de una forma tan inesperada a la única mujer a la que había amado en la vida.

Ella tenía una expresión seria, como la que solía poner él cuando se le velaba un carrete.

–Colleen Stewart –dijo él intentando ocultar el dolor que le causaba volver a verla–. ¿Tanto te alegras de verme?

Ella lo miró y fingió sonreír. Él conocía aquella sonrisa, era la sonrisa que esbozaba cuando no quería hablar, la sonrisa que él tanto había temido. Sus ojos inmensamente azules brillaron.

–No te imaginas cuánto.

Él la miró sorprendido. ¿Qué le pasaba? Había sido ella la que lo había abandonado a él, no al revés.

Aunque tan sólo salieron dos meses juntos, él había estado dispuesto a abandonar su prometedora carrera de fotógrafo de ámbito internacional para casarse y formar una familia con ella. Pero ella lo había rechazado y él se había sumergido en una nueva vida intentando olvidarse del dolor que ella le había causado.

Aquella nueva vida no había logrado disipar el dolor, más bien le había mostrado otros dolores aún más profundos. El de niños viviendo en países en guerra. Aiden luchaba por mantener aquellos horribles recuerdos lejos de él, pero siempre volvían. Las pesadillas

y las imágenes seguían en su interior.

Las noches sin dormir y las pesadillas habían terminado por afectarlo demasiado y había comenzado a cometer errores que habían puesto su vida en peligro varias veces. Su mejor amigo le había aconsejado que volviera a casa y trabajara en algo menos arriesgado. Aiden había aceptado y había vuelto a su casa en busca de un trabajo que lograra borrar los recuerdos de tantos niños a los que no pudo salvar.

Joe tosió e hizo que Aiden volviera a la realidad. El editor miró a Aiden y después a Colleen.

–¿Os conocéis? –les preguntó mientras se reclinaba en la silla de cuero.

–Sí –dijo Colleen mientras sonreía sin ganas–. Aiden y yo nos conocemos desde hace tiempo, ¿no es así Aiden?

Aunque aquel tono desenfadado lo molestó, Aiden logró sonreír ligeramente. No quería tener problemas con Joe el primer día, necesitaba desesperadamente aquel trabajo.

–Colleen y yo estudiamos periodismo juntos –dijo él en voz alta, y para sí mismo añadió que había sido tan estúpido de enamorarse de ella.

–Muy bien –dijo Joe–. Eso nos ahorrará tediosas presentaciones –de repente miró a Colleen–. Colleen, como tú conoces todo el proceso, ¿por qué no acompañas a Aiden y le muestras cómo hacerlo todo? –después miró a Aiden–. Y tú háblale sobre lo que discutimos por teléfono.

Aiden se quedó pálido de repente.

–¿Ella va a escribir el artículo?

Joe asintió.

–Así es, ¿tienes algo en contra? Hizo un trabajo estupendo en *Crónicas de bodas*.

Aiden maldijo para sí mismo. Colleen era la última persona en el mundo con la que querría trabajar. En realidad, era la persona que menos ganas tenía de volver a ver. La forma en que ella lo había rechazado aún le causaba dolor. No quería remover los sentimientos de traición y amargura trabajando con ella.

Aiden se intentó calmar un poco y se dijo a sí mismo que aquel era el trabajo que necesitaba para abrirse camino en Portland. No podía permitir que Colleen volviera a controlar su vida, tenía que

encontrar la forma de trabajar con ella, aunque la idea lo horrorizara.

Aiden logró sonreír.

–En absoluto.

Joe sonrió.

–Estupendo. ¡Ah!, una cosa más. He de decirte que las fotos de niños que me enviaste me encantaron. ¿Tienes más?

Aiden logró controlar el escalofrío que sintió al recordar aquellas fotos en blanco y negro que había entregado llenas de dolor y de sufrimiento. Tan sólo las había llevado para conseguir el trabajo y nunca pensó volver a verlas.

–Se las di a mi madre –dijo él con sinceridad–. No sé qué habrá hecho con ellas –Aiden esperó que aquella respuesta resultara concluyente, no quería volver a buscar aquellas fotos.

Joe asintió.

–De acuerdo.

Aiden miró a Colleen.

–¿Estás lista?

Colleen lo miró sorprendida, como si no esperara que él accediera a trabajar con ella, pero aquel trabajo lo merecía.

Después de un largo silencio, ella asintió y se levantó de la silla. Aiden no pudo evitar mirarla de arriba abajo, tenía que reconocer que había mejorado con los años. La delgada estudiante de hacía años se había convertido en una atractiva mujer con caderas pronunciadas y vestida con un traje de falda y chaqueta azul marino que resaltaba su esbelta figura.

Él se colocó a un lado.

–Las mujeres primero.

Ella pasó delante.

El perfume de ella lo embriagó… Aquel delicado olor a melocotón fresco despertaba todos sus sentidos. Sus instintos más masculinos se despertaron mientras ella se alejaba. Él no pudo evitar mirar aquellas largas piernas y la forma en que su cadera se movía con aquel delicado caminar.

Su pulso se aceleró. Aquello era lo que tanto había temido, volver a sentirse atraído por ella. Era una mala idea, muy mala…

Pero tenía tan buen aspecto…

«¿En qué demonios estoy pensando?» se dijo a sí mismo.

Había regresado a Portland para restablecer los lazos con su familia y librarse del sentimiento de culpa y de los oscuros recuerdos que le había dejado su larga estancia en el extranjero. No había regresado para tener un lío con Colleen. Tal vez pudiera atraerlo físicamente, aquello no lo podía controlar. Pero no iba a permitir que ella le volviera a hacer daño.

Aiden se sintió algo mejor, se despidió de Joe y siguió a Colleen. Aquella mujer no lo afectaba como antes.

Después del daño que le había hecho, se aseguraría que aquello no volviera a suceder.

–No puedo permitir que se acerque a mí–, se dijo Colleen a sí misma. Solía hablarse con frecuencia desde que era pequeña, ya que había pasado gran parte de su infancia sola, y desde entonces lo hacía para sentirse más acompañada.

Se repitió aquella frase una y otra vez, ya que pensaba que, si se lo repetía a sí misma con frecuencia, lograría llevarlo a cabo.

Pero era una persona realista. Había dejado de creer en la magia a los seis años, cuando sus padres habían preferido pasar las Navidades con sus respectivos novios en lugar de con ella. Había pasado el día de Navidad sola viendo películas y llorando en el sofá. Desde aquel día Colleen había cambiado.

El amor y la confianza que tenía en sus padres, así como su carácter fantasioso e imaginativo, habían muerto lentamente para volver a morir, definitivamente, cuando a los nueve años sus padres la abandonaron. Desde aquel momento aprendió que había algo en ella que le impedía ser capaz de amar y mantener una relación, incluso con las dos personas que se suponía que más la querían.

Nunca podría superar aquel defecto, iba a tener que librarse de Aiden. En cuanto aquel hombre entrara en su oficina ella iba a volver a sentir aquella fuerte atracción que había sentido por él. No había olvidado aquellos maravillosos ojos verdes, aquel sentido del humor y aquella enorme sonrisa.

Entre sus brazos se había sentido realmente amada.

Colleen apartó aquellos pensamientos de su cabeza. Se quitó la chaqueta y se sentó en la silla de su despacho.

Era consciente de que él no tardaría en aparecer por allí, así que

se llevó una mano al pecho para intentar tranquilizar su acelerado corazón y recuperar la calma y el control.

Se puso recta un segundo antes de que Aiden entrara en su despacho. Colleen se obligó a mirarlo directamente a los ojos en lugar de hacer papeleo.

Él se limitó a permanecer en la puerta de pie y con las manos en los bolsillos. La forma en que la miraba le provocó a Colleen un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Tenía un aspecto estupendo, por supuesto. Siempre lo había tenido. Era físicamente perfecto para ella, ya que emocionalmente nadie lo era.

Parecía más fuerte, más musculoso que antes. El pelo negro de reflejos caoba estaba más corto que cuando estudiaban juntos, pero las facciones masculinas y el suave bronceado de su piel permanecían igual.

Pero eran aquellos ojos verdes los que la habían cautivado en el pasado. Él la miró fijamente y ella se quedó inmóvil durante unos instantes. Aquellos maravillosos ojos siempre habían podido ver a través de ella.

«¿Por qué no puedes amarme, Colly?», le había preguntado él.

Ella recordó aquella pregunta que retumbaba en su cabeza una y otra vez, así como aquel obstáculo que él había tratado de derribar, aquel muro que ella había construido para evitar querer.

Ella ya no sabía cómo dar amor.

Colleen casi perdió el control, pero logró recomponerse y mantuvo la compostura. Estaba decidida a comportarse de una forma natural, a parecer tranquila cuando él estuviera cerca, aunque le costara la vida.

–Así que supongo que no te alegra mucho verme –dijo él con un tono duro.

Ella frunció el ceño, aquella frialdad en su forma de hablar la sorprendió. ¿Acaso seguía dolido por la ruptura?

–¿Sigues enfadado por… lo que pasó?

Él se quedó muy serio.

–Por supuesto que no.

Ella no tenía intención de discutir con él, pero no parecía decir la verdad. Aun así una disculpa no haría daño. Ella siempre se había arrepentido de haber roto con él, aunque fuera la única salida.

–Bien, aunque te debo una disculpa por todo aquello. No debí abandonarte de aquella forma…

–Sí, claro –replicó él.

–¿No crees que realmente esté arrepentida?

–Lo que yo piense sobre lo que pasó hace ocho años no importa –después la miró fijamente–. Parece que el verme de nuevo no te ha alegrado ni lo más mínimo.

Él era una persona muy perceptiva.

–¿Por qué dices eso?

–Venga ya, Colleen… –dijo acercándose a ella–. Pareces bastante descontenta, no hay más que verte…

–Verte no me ha causado ni alegría ni tristeza –mintió ella. En aquellos momentos hubiera preferido ver a Jack el Destripador. Prefería morir asesinada que ver a Aiden. Ver a aquel hombre era como volver abrir una herida, y aquello la asustaba.

–No has cambiado nada, Colleen…

Ella se enfadó, pero antes de mostrarlo se recordó a sí misma que estaba con Aiden, el hombre que siempre había sido capaz de hacerle perder el control. No podía permitir que aquello volviera a suceder.

Colleen sintió cómo se irritaba cada vez más, pero, afortunadamente, sabía manejar sus enfados. Se levantó y apoyó las manos sobre la mesa.

–¿Cómo te atreves a aparecer de nuevo después de tantos años y echarme en cara algo que sucedió hace tanto? No sabes nada sobre mí.

El duro tono de ella no intimidó a Aiden, que se quedó mirándola fijamente. Después se inclinó, y sólo unos centímetros separaron sus caras. Aiden sintió cómo todo su cuerpo se encendía y el de ella también.

–Te conozco lo bastante bien como para saber cuándo estás enfadada. Nunca se te dio muy bien ocultármelo, ¿a que no?

Ella se sonrojó aún más y se apartó de él. Tomó aire lentamente.

No quería tener que volver a enfrentarse a aquellos análisis de Aiden, nunca le habían gustado. El día en que Aiden le había pedido que se casara con él y ella lo había abandonado, Colleen se había dado cuenta de que su defecto la hacía tan inestable emocionalmente que nunca podría llevar una vida normal ni formar

una familia con el hombre de sus sueños.

Ella apartó la mirada y se sentó.

–Escucha, dejemos este tema. Nosotros de lo que tenemos que hablar es del artículo, ¿de acuerdo? –intentó sonreír para ocultar la tormenta de emociones que sentía, pero sólo logró sonreír a medias.

Él la miró fijamente y su expresión se suavizó un poco.

–No tenía intención de molestarte –miró a su alrededor–. Sólo me molestó notar que ni tan siquiera eras capaz de saludarme con cordialidad.

Colleen se sintió muy mal, era verdad que no lo había saludado con mucho entusiasmo.

–Me alegra saber que estás bien –no quería decir que se alegraba de verlo, porque no era verdad–. Es sólo que… Me pillaste desprevenida. Me molestaba tener que hacer este trabajo, y tu aparición fue la gota que colmó el vaso.

–A mí tampoco me agrada tener que trabajar así –él frunció el ceño–. ¿Te molesta tener que hacer este artículo porque tienes que hacerlo conmigo?

«Por supuesto», se dijo Colleen.

–No sabía que iba a tener que trabajar contigo hasta que apareciste –le confesó. No le gustaba tener que reconocer que el tema del artículo no le agradaba…

–Entonces, ¿qué es lo que te molesta? Por lo que sé, los dos últimos artículos sobre novias y solteros tuvieron mucho éxito. No entiendo qué te desagrada respecto a este artículo, lo normal sería que quisieras continuar aquel éxito.

–Bueno, pues te equivocas –le dijo mientras recogía los lápices distribuidos encima de la mesa. Después los colocó ordenadamente en un cajón. Mientras tanto él no dijo nada, sólo se quedó mirándola fijamente.

En aquellos momentos Colleen deseó no haberle dicho que no quería hacer aquel artículo. Probablemente Aiden daría con la causa de sus reticencias, como había hecho otras veces en el pasado, y siempre con la intención de ayudarla. Pero aquello era imposible, ella no podía superar aquel defecto y no podía soportar la idea de que se lo recordaran.

Aquel problema la había obligado a abandonar a alguien tan especial como Aiden.

Él se acercó un poco.

–Escucha, Colleen, está claro que algo te disgusta, pero no voy a perder el tiempo preguntándote de qué se trata –negó con la cabeza–. Sé por experiencia que eso sería una pérdida de tiempo, así que nos saltaremos esta conversación y hablaremos de trabajo. Sólo quiero hacer fotos de niños, ¿de acuerdo?

No, Colleen no estaba de acuerdo, estar cerca de él de nuevo la asustaba mucho.

–¿Por qué aceptaste este trabajo? –le preguntó ella.

Él pareció de repente un poco incómodo y se sentó.

–Soy fotógrafo, quiero hacer fotos de niños.

–¿Y?

–¿Y qué? –él apartó la mirada. Sus ojos parecían haberse oscurecido repentinamente–. Eso es todo.

Aiden estaba ocultando algo, y ella se preguntó qué sería. Se dejó llevar por la curiosidad y decidió ir directamente al grano.

–Esperaba que te replantearas el aceptar este trabajo.

Él se quedó estupefacto.

–¿Estás loca? Este trabajo puede darme muchas oportunidades, ¿por qué habría de rechazarlo?

Ella se preguntó una vez más por qué Aiden había vuelto, por qué necesitaba oportunidades. Pero en lugar de preguntarle decidió utilizar sus encantos para convencerlo.

–¿Porque yo te pido que lo hagas?

–¿Y qué más da que tú me lo pidas?

–¿Porque somos viejos amigos?

Él se rió y se quedaron mirándose. Aquello le hizo a ella recordar la fuerte atracción que había existido entre los dos y la apasionada vida sexual que habían tenido. Al final de la relación ella sólo había podido darle eso, pero él no se había conformado.

–A ver si te entiendo –le dijo él–. No eres capaz de saludarme como Dios manda después de tantos años, pero se supone que tengo que renunciar a este trabajo porque tú me lo pides y somos viejos amigos.

Colleen se sintió avergonzada. Era verdad que había sido una maleducada con él, aunque siempre presumía de que era una persona a la que no le afectaban las cosas, algo que había ido perfeccionando a lo largo de su vida por necesidad. Era hora de ser

la mujer que siempre había querido ser. Tranquila. Racional. Controlada. Le debía a Aiden otra disculpa y debía trabajar con él en aquel artículo.

No podía obligarlo a renunciar a un trabajo que significaba tanto para él, aunque ella no supiera la razón. ¿Acaso necesitaba el dinero? ¿Cómo era su vida ahora?

Colleen se paró los pies. No quería saber nada, no quería saber nada de él. No le importaba, no podía dejar que le importara. Tenía que protegerse de él.

Y había un pequeño detalle que no podía ignorar: él podía aceptar el trabajo si quería, independientemente de lo que ella quisiera. Y después de la forma en que ella se había comportado, era poco probable que le hiciera aquel favor.

Así que probablemente tendría que hacer el trabajo con él, tenía que aceptarlo. Hacía tiempo había aprendido que no se podía luchar contra el destino. Ella le sonrió.

–Tienes razón, no tenía derecho a pedirte algo así. Lo siento.

Él se reclinó en la silla y asintió.

–Hablemos del trabajo, ¿de acuerdo?

Ella asintió lentamente y se preguntó por qué Aiden estaba dejando el tema, por qué no la estaba presionando como solía hacer. Colleen se prometió a sí misma no volver a preocuparse por Aiden. Tenía que centrarse en el artículo. Lo mejor sería que programara la sesión fotográfica cuanto antes y terminaran en una tarde para pasar el mínimo tiempo posible con Aiden.

–De acuerdo –dijo con un tono de mujer de negocios–. Vamos a ver qué tarde de la semana que viene hacemos las fotos –apartó unos papeles y buscó su agenda.

–¿Una tarde? ¿Qué dices? Tenemos que viajar.

Ella se quedó estupefacta, deseando haberle entendido mal.

–¿Qué has dicho? –le preguntó unos segundos después.

Aiden se acercó a ella.

–¿Qué parte quieres que te explique? Joe me ha dado permiso para ir a Sun Mountain un fin de semana. Quiero hacerle las fotos a los niños allí, con Mountain Bachelor de fondo.

Ella lo miró muy sorprendida.

–De ninguna manera –dijo mientras negaba con la cabeza. Colleen no estaba dispuesta a ir a ningún sitio con Aiden, estar

cerca de él siempre había supuesto una amenaza para su promesa de mantenerse soltera y sin compromiso. De mantener su corazón a salvo. Sabía por experiencia que estando cerca de Aiden no lo conseguiría.

Él se levantó y ella se obligó a no mirarlo, pero estaba tan atractivo… Colleen tuvo ganas de sentir sus fuertes brazos envolviéndola, de saborear aquel amor que él siempre le había dicho que tenía para ella…

El amor que ella había tenido que rechazar.

De repente la invadió la tristeza. En la cara de Aiden había un nuevo rastro de dureza, de duras vivencias que no habían estado allí cuando eran estudiantes. ¿Qué había pasado en aquellos años en el extranjero para provocar aquello?

Ella apartó de su cabeza la curiosidad que sentía. Nada había cambiado, seguía sin saber cómo amarlo. Aunque probablemente él ya no quisiera estar con ella.

Él se inclinó y apoyó las manos sobre la mesa de Colleen.

–Así es, haz las maletas muñeca, nos vamos de viaje juntos. Muy pronto…

Ella se reclinó en la silla y sintió un repentino ataque de pánico. Le había costado años olvidarse de un hombre tan maravilloso como Aiden. Por fin había logrado establecerse en un lugar donde era medianamente feliz, un lugar donde había logrado aceptar que estaba destinada a estar sola.

En aquellos momentos sentía como si hubiera vuelto al pasado. En tan sólo un cuarto de hora Aiden había transformado su vida tranquila y estable en un completo desorden.

Y, para empeorar las cosas, no había vuelto para sólo una tarde. No. Tenía que irse de viaje con él un fin de semana entero.

Colleen maldijo el destino.

Capítulo 2

AIDEN intentó no fijarse en los labios de Colleen, intentó que aquella expresión de horror no lo afectara. Estaba claro que pensaba que irse de viaje con él era una pesadilla. Aiden intentó suavizar el ambiente que se había creado.

–Como sigas con la boca abierta, entrará una mosca.

Ella cerró la boca y frunció las cejas para parecer seria.

–Muy gracioso –estaba claro que lo decía con sarcasmo.

–Por lo menos ha funcionado –replicó él. Aiden estaba intentando olvidarse de que iba a tener que trabajar con la mujer que tanto daño le había hecho ocho años atrás.

–¿Crees que esto es divertido? –Colleen empezó a mirar entre los papeles que tenía encima de la mesa. Parecía nerviosa. A Aiden le pareció extraño, nunca la había visto tan afectada.

Él suspiró.

–No, divertido no, pero tampoco es el fin del mundo. Vamos Colleen, no te lo tomes tan en serio –si él podía con ello, ella también debía poder. Después de todo había sido ella la que lo había abandonado.

Sacó una carpeta y empezó a ojear su interior.

–Ojalá eso fuera posible.

–¿Y por qué no iba a serlo? –le preguntó antes de poder dar marcha atrás. No debía interesarse por ella, era un mal camino.

Ella alzó la mirada unos segundos y después volvió a centrarse en los papeles sobre la mesa.

–Ya te lo he dicho, no quiero hacer este artículo.

–¿Y por qué no?

–Simplemente no quiero –se levantó de la mesa y se dirigió hacía una cajonera.

Él se quedó callado mientras contemplaba su espalda. De repente la recordó en la playa, girándose hacía él y sonriéndole.

Borró aquella imagen rápidamente. Aquellos eran los recuerdos de Colleen que lo habían torturado día tras día cuando trabajaba de

enviado especial. Lo habían torturado y también le habían hecho sentir ternura y le habían animado a seguir cuando las cosas se ponían difíciles.

Afortunadamente, ya no necesitaría aquellos recuerdos para continuar. Su futura carrera como fotógrafo de niños lo ayudaría a olvidarse de la pesadilla que había vivido en el pasado.

Tenía que centrarse en su trabajo y no en cómo los recuerdos de Colleen lo habían ayudado a superar los peores momentos de su vida.

A pesar de los buenos momentos que habían pasado, no podía olvidar que ella lo había rechazado. Así que sólo podría pensar en ella como compañera de trabajo.

–Por Dios, Colleen –le dijo mientras le tocaba el brazo–. Tenemos que trabajar juntos.

Ella se giró y tiró los papeles que tenía en la mano. Después se soltó.

–¿Te importa soltarme?

Él la soltó. Ella tenía razón, no debía tocarla.

–Sólo quiero hablar…

–Hablaremos de trabajo, de nada más –dijo ella.

–De acuerdo, eso es exactamente lo que estaba a punto de proponerte. ¿Vas a buscar la forma de trabajar conmigo para que podamos colaborar juntos?

Ella se quedó inmóvil durante unos segundos, sintiéndose vulnerable. Bajó la mirada y se dirigió a la sala de archivos mientras le daba la espalda una vez más.

Él apretó los puños. Estaba decidido a no preocuparse por ella.

–No voy a permitirte que me estropees esto, es un trabajo demasiado importante para mí.

Ella se volvió a girar y lo miró fijamente. Después abrió la boca para decir algo, pero la cerró sin decir nada. Se quedó perpleja durante unos segundos.

Aiden sintió cómo se enternecía, pero enseguida logró controlar aquel sentimiento. Conocía aquella expresión muy bien, pero afortunadamente ya no lo afectaba.

No lo permitiría.

–Yo… tengo que buscar una cosa… Volveré enseguida –Colleen salió de su despacho y lo dejó solo.

Aiden maldijo en voz baja, se masajeó un poco el cuello y miró a su alrededor. Había montañas de papeles y ficheros por todos los lados, encima de la mesan y en el suelo, y a los lados había dos plantas medio muertas. El despacho estaba muy desordenado.

Frunció el ceño. Colleen siempre había sido una persona limpia y ordenada y su aspecto lo demostraba. Entonces, ¿por qué su despacho estaba hecho un desastre? ¿Estaba demasiado ocupada como para ordenar de vez en cuando? ¿Y por qué estaba tan quisquillosa?

Negó con la cabeza. Tenía que reconocer que Colleen parecía diferente. La vulnerabilidad que había visto reflejada en su cara no era propia de la Colleen tan segura en sí misma de la que se había enamorado hacía años.

¿Y por qué le molestaba tanto trabajar con él? Parecía haberse recuperado muy bien de la ruptura de ambos. Él la había visto la noche antes de irse a Afganistán bailando muy contenta con diferentes hombres. No era normal que cosas como aquella la afectaran.

Estaba claro que Colleen había cambiado y, a pesar de ello, seguía siendo un misterio, como siempre lo había sido. Un misterio que tendría que resolver por el bien del artículo y de su futuro profesional como fotógrafo de niños.

Aunque no le gustara la idea, estaba claro que para conseguir la vida que él quería, tenía que encontrar una forma para trabajar juntos como profesionales.

Colleen tomó aire y se sentó en una silla de la sala habilitada para comer y descansar. Gracias al cielo ya había terminado la hora de comer. Necesitaba un par de minutos sola para recobrar la compostura.

Para encontrar la forma de que los comentarios de Aiden no la afectaran.

Miró a su alrededor. La sala estaba muy desordenada. Como ella. Tenía buen aspecto, pero por dentro estaba hecha un desastre. Todo era causa de la falta de cariño que había sufrido en su infancia, en primer lugar por sus incompetentes padres y, después, en los hogares de acogida donde no paraban de maltratarla verbalmente.

Recordar aquella casa donde tenía que cuidar de sus hermanastros pequeños y soportar las vejaciones de su madre adoptiva, que tenía problemas con la bebida, le provocó un escalofrío.

Negó con la cabeza e intentó olvidarse de aquellos recuerdos para centrarse en el presente, aunque desgraciadamente el presente y el pasado estaban muy relacionados.

¿Era eso lo que había hecho que se pusiera tan nerviosa con Aiden? Frunció el ceño mientras intentaba controlar sus emociones. Cuando era pequeña había descubierto que el ponerse nerviosa tan sólo hacía que la gente de su alrededor se enfadara con ella. Siempre se había asegurado de no caer en aquel estado. Pero aquel día había sido incapaz.

Había salido de su despacho como una niña asustada, había dejado que Aiden la controlara.

¿Qué le pasaba?

No tenía respuesta para aquella pregunta tan importante, como tampoco la había tenido hacía ocho años. La capacidad de Aiden de descubrir sus deseos y sus mayores anhelos y su propia incapacidad para impedir que lo hiciera la habían obligado a romper con él.

Pero aquello formaba parte del pasado, en aquellos momentos tenía que lidiar con el presente. Un presente en el que Aiden había reaparecido en su vida para quedarse un par de días. Tenía que encontrar una forma de mantener la calma, de no perder el control.

De repente se le ocurrió algo. ¿Acaso había aceptado ese trabajo a propósito, sabiendo que trabajaría con ella?

No, él había estado igual de sorprendido que ella al descubrir que iban a trabajar juntos. Era una casualidad que sus vidas se hubieran cruzado después de tanto tiempo. Pero tampoco era tan extraño, después de todo ambos eran periodistas y la familia de Aiden probablemente seguiría viviendo cerca de Oak Valley. Tenía sentido que regresara a Portland para estar cerca de sus cuatro hermanos y de sus padres. Aquella había sido otra razón que le había hecho a Colleen abandonarlo, la idea de formar parte de una familia tan numerosa y tradicional tan lejos de su pasado de familia rota.

Y, le gustara o no, tenía que trabajar con él. Tendría que pasar un fin de semana con él para escribir el artículo. Era hora de dejar todo atrás y hacer su trabajo sin permitir que la presencia de Aiden

la molestara.

Se levantó y caminó un poco por la sala, obligándose a recordar las cosas que la habían ayudado a sobrevivir a una infancia como la suya. Tenía que ser analítica y buscar un plan de acción.

Uno. Aiden era fotógrafo. Era una mala noticia, pero era inevitable.

Dos. Iban a ir a Sun Mountain, un lugar en Oregon a cuatro horas en coche desde Portland. Allí iban a pasar un largo fin de semana. Era también una mala noticia, pero no se podía hacer nada para remediarlo.

Tres. Cuatro niños y sus padres los acompañarían. Pero ella y Aiden iban a tener que pasar muchas horas juntos, trabajando en el artículo. Los dos solos, el fin de semana entero…

Aquello sería como una tortura. Sintió que el estómago se le encogía.

¿Cómo podía hacer bien su trabajo intentando pasar el mínimo tiempo posible con Aiden?

De repente Colleen se detuvo. Tenía una idea. Sonrió. Sí, necesitaba una amiga que la acompañara, alguien con quien estar para evitar al señor imponentes ojos verdes.

Y su vecina Maggie era la persona perfecta para ello. Era una mujer soltera con un bebé de la edad adecuada para el artículo. Tendría que mover unos cuantos hilos para incluir a la hija de Maggie, Laura, en el artículo. Pero no era una tarea imposible. Estaba segura de que sería capaz de convencer a Joe de que incluyera a Laura y también podría convencer a Maggie. Colleen no había pasado mucho tiempo con su vecina desde que la niña había nacido, estar cerca del bebé que tanto le gustaba era demasiado duro para ella. Y a pesar de que tendría que pasar más tiempo con la niña aquel fin de semana, merecía la pena para mantenerse alejada de Aiden.

–¡Sí! –dijo en voz alta muy satisfecha.

–Vaya, parece que te encuentras mejor –dijo una voz masculina que la sorprendió.

Ella se giró para ver aquellos increíbles ojos verdes de Aiden. La sala entera se llenaba con su presencia.

A Colleen le costaba respirar y tomó aire para intentar calmarse un poco. Después se obligó a sonreír y extendió los brazos.

–Supongo que sí.
Él la miró sorprendido.
–¿Y por qué?
Era una pregunta razonable después de la forma tan repentina en que había salido de su despacho.
–He estado pensando y he decidido traer a una amiga y a su hija a la sesión.
–¿Por qué?
«Porque necesito algo que me proteja de ti», pensó Colleen.
–Bueno, porque… La niña es preciosa y me gustaría incluirla en el artículo.
Aiden se acercó a ella y negó con la cabeza.
–Ya he dado mi aprobación a los cuatro niños que necesito para las fotos, cinco niños no funcionará.
–¿Cómo que has dado tu aprobación? –inclinó la cabeza y lo miró fijamente–. Yo ni siquiera he visto tus fotos todavía.
Él se acercó aún más, de manera que Colleen pudo oler su aroma.
–Joe me mandó un e-mail con los candidatos esta mañana y yo elegí cuatro.
Colleen empezó a molestarse, se esforzó por mantener el equilibrio y dio unos pasos hacia atrás para apartarse de él. Aiden había elegido ya los niños. Por lo que parecía, era él el que decidía quién aparecería en las fotos.
–Muy bien, si tú eres el que decide, elige a otro niño más –le replicó intentando apartar de su cabeza la colonia de él.
–No puedo –miró su reloj–. He diseñado una sesión con cuatro niños, cinco son demasiados.
Colleen se dio cuenta de que Aiden estaba al mando y que después de la forma en que ella lo había tratado él no iba a hacerle ningún favor.
Muy frustrada por todo aquello, se hizo a un lado. Necesitaba espacio para ordenar sus ideas. Necesitaba encontrar la forma de conseguir lo que quería.
–Claro que –dijo él con un tono suave–, podríamos llegar a un acuerdo.
Ella frunció el ceño con desconfianza y lo miró.
–¿Qué tipo de acuerdo?

Él se encogió de hombros con naturalidad.

–Yo te doy lo que tú quieres y tú me das lo que yo quiero –después sonrió–. Es muy sencillo.

Estaba claro que estaba usándola.

–¿Qué es lo que quieres?

–Prométeme que encontrarás una forma para poder trabajar conmigo –se acercó hacia ella y la miró fijamente. Él se apoyó en la mesa y sus manos se rozaron durante unos segundos–. ¿Crees que podrás hacerlo, Colly?

Aquel leve contacto con su piel hizo que todo su cuerpo se electrizara, y la forma en que la llamó casi le hizo perder el equilibrio. Nadie, excepto él, la había llamado nunca así. Incluso a sus padres, a los que hacía años que no veía, se les solía olvidar su verdadero nombre.

Aquello no quería decir nada, Aiden tan sólo estaba intentando presionarla para conseguir lo que quería de ella.

–¿Usando todas las armas que puedes para conseguir lo que quieres, no? –ella sonrió y apartó la mano de la de él.

–Lo que sea necesario para asegurarme de que tú y yo podemos hacer esto juntos y hacer un buen trabajo –apartó la mirada, pero Colleen pudo ver dolor en sus ojos antes de que lo hiciera–. Lo único que me importa es hacer un buen trabajo.

Ella no quiso pensar en lo que había visto reflejado en esos ojos.

–¿Estás seguro de que no hay nada más?

Él frunció el ceño.

–¿A qué te refieres?

–Siempre te ha gustado encontrar mis puntos débiles. Tal vez esto sólo sea una forma de hacer lo mismo en el trabajo –él siempre había querido más de lo que ella le había podido dar, siempre había querido arreglar las cosas para conseguir lo que quería. Pero había resultado inútil. Ella había sabido desde el principio que no era de aquel tipo de mujeres capaz de sentar la cabeza, casarse y formar una familia.

Al saberlo, ella debía haberse apartado de él en el momento en que lo conoció, en lugar de dejar que la atracción entre ellos hiciera que Aiden comenzara a quererla. La palabra matrimonio la había horrorizado, y cuando él se decidió a declararse Colleen había salido corriendo.

Él suspiró y la miró fijamente.

–Por supuesto que no, no tengo razones para querer saber nada sobre ti. Y para que lo sepas, yo nunca busqué tus puntos débiles –apartó la mirada y después la volvió a mirar con dureza–. En aquel tiempo yo era un imbécil y quería tu amor.

«Su amor». Aquel elemento de fantasía inexistente que él siempre había querido, lo único que por su defecto ella no podía dar.

–No puedes tener lo que no existe –le susurró ella.

Colleen se sentó y la sorprendió descubrir que, a pesar de los años, saber que no sabía cómo amarlo la entristecía enormemente.

Pero no podía engañarse, como no había podido engañarse hacía ocho años. Él se merecía algo más que una mujer con defectos como ella. Seguía mereciéndoselo.

–Siempre dijiste eso.

Antes de que ella pudiera preguntarle qué había querido decir, sonó un teléfono móvil. Él contestó y Colleen se apartó para no prestar atención a la conversación telefónica.

En realidad, no quería saber qué había querido decir él con aquel comentario. El pasado de ambos estaba lejos, no había marcha atrás, había roto con él y sus vidas habían tomado rumbos diferentes.

Y, afortunadamente para ella, todo era muy diferente en aquellos momentos. Ya no sentían nada el uno por el otro, las reglas habían cambiado y aquello era de agradecer.

Estaba claro que Aiden no pensaba lo mismo, él quería escarbar en el pasado y hablar de su separación. Ella no lo permitiría.

Peor para él.

Estaban condenados a pasar un tiempo juntos y, a juzgar por los temblores y el nerviosismo que ella había sentido, llevar a Maggie era algo imprescindible. Colleen necesitaba algo que la protegiera de Aiden, y Maggie sería la persona perfecta. Tenía que asegurarse de que su vecina permaneciera pegada a ella todo el fin de semana.

–Era la gente de la mudanza –dijo él tras terminar de hablar por teléfono–. Me esperan en casa, me tengo que ir –se dirigió a la puerta –. Hablaremos de este tema en otro momento.

Ella se levantó y lo siguió con la mirada. Sintió ganas de preguntarle dónde vivía y si se había comprado una casa nueva,

pero desechó la idea. Necesitaba mantener la distancia entre ambos.

–Aiden, espera.

Él se detuvo y se giró.

–¿Pueden venir a la sesión mi amiga y su hija? –le preguntó con una sonrisa dudosa.

–Eso depende de ti –después se giró de nuevo y se fue.

Aiden salió del edificio y tomó aire. Era un bonito día de verano y el ruido de los coches y de los autobuses circulando le agradaba. Las oficinas del *Beacon* estaban en el centro de la ciudad, en una zona muy ruidosa, pero a él aquel sonido de ciudad normal, y no de una destrozada por la guerra, lo calmaba. Le dio gracias a Dios por estar en casa. A pesar de que no sabía si sería capaz de olvidar aquellos horribles recuerdos y la sensación de culpa, por lo menos estaba en un lugar conocido, un lugar donde podría construir una nueva vida.

Todo habría resultado perfecto si no tuviera que trabajar con Colleen. Pero tenía que hacerlo y no iba a permitir que aquello lo afectara tanto como para no hacer bien su trabajo y perder la oportunidad de comenzar una nueva vida, de abrirse paso en un nuevo campo.

De repente varias imágenes aparecieron en su cabeza. Niños muriéndose, padres destrozados, un infierno…

«Y yo no hice nada por impedirlo», se dijo a sí mismo.

Se detuvo. De repente le costó respirar y un sudor frío le recorrió la frente. Se sentía culpable, culpable por hacer y por dejar de hacer, y aquello lo estaba destrozando.

Cerró los ojos y con un gran esfuerzo apartó aquellas horribles imágenes de su cabeza. Colleen sustituyó aquellos pensamientos.

«No aceptes el trato que le has propuesto», se dijo a sí mismo.

Asintió con la cabeza y regresó al edificio del periódico, los recuerdos lo habían ayudado a ver todo con más claridad. Llegar a ningún tipo de acuerdo con Colleen era absurdo. Si ella no quería trabajar con él, muy bien. Es más, mucho mejor para él. Sería más fácil. Le exigiría menos.

La encontró sola en la sala de descanso, con la mirada perdida y aquella expresión de vulnerabilidad que había visto otras veces en

su cara. Aquella expresión le hizo dar marcha atrás. Aiden se llamó estúpido en voz baja. ¿Qué más le daba a él que ella pareciera triste? Ignoró el malestar que le había causado verla así.

–Colleen.

Ella se giró sorprendida.

–Aiden, ¿ya has vuelto?

–Sí, no quiero hacer ningún trato contigo.

Ella se levantó y lo miró fijamente.

–¿Por qué?

–Es muy sencillo –le dijo enfadado por haber pensado en hacer un trato con ella–. Lo único que quiero es hacer fotos de niños.

–De acuerdo –dijo ella–. ¿Pero qué tiene esto que ver con el trato?

–No voy a llegar a ningún estúpido acuerdo contigo para asegurarme de que te esfuerces en trabajar bien conmigo. Es tu problema, no el mío, y me da igual lo que decidas hacer.

Ella lo miró perpleja, sorprendida por su dureza. Después se acercó al microondas y sacó una bolsa de palomitas.

–No sé si alegrarme o sentirme insultada.

–No intento insultarte, sólo trato de ser realista. Me dije a mí mismo que tú necesitabas buscar la manera de trabajar conmigo –se rió–. Y eso es una tontería, no voy a suplicarte que hagas tu trabajo, estoy seguro de que Joe pude buscar a otra persona que trabaje conmigo.

–En realidad yo ya le pedí que buscara a alguien y ese alguien soy yo –sonrió triunfante–. Así que supongo que mi amiga y su hija pueden participar, ¿no?

Él apretó los dientes. Le molestaba tener que cambiarlo todo para incluir a otro niño, pero no merecía la pena discutir con Colleen sobre el tema. Cuanto menos tiempo pasara con ella, mejor, así que asintió.

–Sí, tu amiga y su hija pueden participar.

Ella se relajó.

–Muy bien –dijo mientras se dirigía hacia él. Le tocó ligeramente el brazo –no te arrepentirás, te lo prometo. Voy a llamar a Maggie ahora mismo, le encantará la idea.

Colleen salió de la sala y Aiden sintió el calor que la mano de ella había dejado en su brazo. El perfume de Colleen seguía

presente y Aiden recordó momentos pasados con ella, cuando la tenía entre sus brazos, cuando ella lo miraba intensamente haciendo que él se sintiera feliz y amado.

De repente apartó aquellas ideas de su cabeza. Colleen nunca, nunca lo había amado. Se dirigió al grifo y bebió un vaso de agua.

Estaba claro que los recuerdos de lo feliz y vivo que ella le había hecho sentirse estaban todavía presentes y aparecían en los peores momentos, haciendo que deseara tenerla cerca de nuevo.

«Supéralo de una vez, Aiden», se dijo a sí mismo. No quería recordar lo mucho que había amado a Colleen, lo mucho que había deseado compartir su vida con ella, como también quería algo más que una relación cordial de compañeros de trabajo. Era una mujer peligrosa, que podría causarle muchos problemas.

No había ninguna duda. El hombre en el que se había convertido tras vivir la pesadilla de fotografiar la guerra no quería tener nada que ver con Colleen. Ella era una amenaza para él, y en cuanto terminara con el artículo se apartaría de ella.

Estaba deseando que aquel momento llegara.

Capítulo 3

COLLEEN abrió las cortinas de la puerta de cristal del apartamento en Sun Mountain donde se alojarían Maggie y ella. El apartamento tenía unas vistas maravillosas a Mount Bachelor.

Colleen abrió la puerta y disfrutó del maravilloso aire fresco del atardecer. Afortunadamente había refrescado un poco, y quizá al día siguiente podrían darse un baño en la enorme piscina del hotel.

Se volvió a meter dentro mientras se recordaba que había ido hasta allí por razones de trabajo, y la sonrisa de su cara desapareció.

Aiden no estaría allí hasta el día siguiente.

Aunque el lugar fuera increíble no podía perder de vista su objetivo principal, pasar el mínimo tiempo posible con él.

De repente alguien llamó a la puerta.

Colleen se giró hacia la puerta mientras se preguntaba quién podría ser. Enseguida Maggie se interpuso. Llevaba veinte minutos intentando dormir a Laura, que estaba muy nerviosa y no paraba de llorar.

–Yo iré –le dijo Maggie a Colleen mientras le ofrecía a Laura–. A ver si tú puedes calmarla un poco.

–No sé –dijo Colleen. Dudó un momento y después tomó a la pequeña en brazos con torpeza. La mantuvo a una distancia razonable, no sabía muy bien cómo debía sujetarla. Había cuidado de muchos niños pequeños, pero nunca de un bebé–. Maggie…

De pronto, Laura dejó de llorar y se quedó mirando a Colleen. Después sonrió.

Colleen sintió un profundo dolor en su interior y sintió ganas de soltar a la niña y salir corriendo. Su reloj biológico había comenzado a sonar, y aquello iba en contra de su determinación de no tener hijos nunca.

–Laura –Colleen colocó a la niña sobre su cadera–. No tienes sueño, ¿verdad?

Laura no paraba de mirarla. Después alzó la mano y le acarició

la mejilla

–Vale, pequeña –le dijo Colleen apartándole la mano–. No es un buen lugar para tu mano –después continuó caminando, ya que parecía que a la pequeña le agradaba.

Tener a la niña en brazos le daba a Colleen una extraña sensación de tranquilidad. Había tenido que cuidar a muchos niños en el pasado, niños traviesos que le habían hecho convencerse de que jamás iba a querer tener hijos. Pero al tener a Laura en brazos sintió un repentino deseo de ser madre, un deseo que la sorprendió.

De repente y dejando de lado sus pensamientos, oyó una voz familiar. Era la voz de un hombre. Deseó haber oído mal, pero sus deseos se desvanecieron cuando Maggie abrió la puerta del todo y Aiden apareció.

Colleen se detuvo, apretó a Laura contra su cuerpo y miró a Aiden de arriba abajo. Llevaba unos pantalones cortos para correr y una sudadera. Estaba increíble. Aiden sonrió a Maggie, una sonrisa preciosa.

Colleen se movió nerviosa. Estaba claro que era un hombre muy atractivo, pero ella solía salir con hombres muy atractivos, ¿acaso iba a dejar que el que tenía enfrente la pusiera tan nerviosa?

No iba a permitirlo, pero aun así decidió ir por algo de beber antes de enfrentarse cara a cara con él. Mientras lo hacía lo miró de reojo y se fijó en las arrugas que habían aparecido en su cara.

¿Por qué estaba Aiden tan cambiado? Siempre había sido un hombre alegre, nunca había tenido aquella tristeza en la mirada. Se dirigió a la nevera y sacó un refresco. Después buscó un vaso mientras pensaba en los cambios que había notado en él.

Volvió a cambiar a Laura de cadera y la miró.

–Parece cambiado, Laura. ¿Tú qué opinas?

Laura se limitó a hacer ruidos incomprensibles.

–Tienes toda la razón –dijo mientras echaba el contenido de la lata en el vaso. En aquel momento Maggie entró en la cocina. Aiden iba detrás de ella.

–¿Te escondes aquí? –le preguntó Maggie con curiosidad.

Colleen agarró el vaso e intentó sonreír con naturalidad.

–Por supuesto que no –después miró a Aiden mientras intentaba controlar sus nervios–. Hola, Aiden, has llegado antes de lo previsto, ¿no?

Él asintió mientras se quedaba mirando a Laura.

–Hola, Colleen. Sí, terminé antes de lo que esperaba.

Por alguna razón aquel tono frío la molestó. Aunque entendía aquella frialdad, era normal después de la forma en que lo había tratado la tarde que apareció en el *Beacon*.

O después de que ella lo abandonara.

Hizo como si todo aquello no la afectara, como si nada le importara. Algo que le habían enseñado sus padres desde pequeña.

Miró a Maggie con la idea de cambiar de tema y ser educada.

–Maggie, este es Aiden Forbes…

–Ya nos hemos presentado –Maggie tomó a Laura en brazos–. Después de la descripción que me hiciste no me ha resultado difícil reconocerlo –su amiga le guiñó un ojo.

Colleen le lanzó una mirada de reproche. Era verdad, Colleen le había hablado del gran atractivo de Aiden, pero no quería que él se enterara. Tenía que mantenerse alejada de él, no quería que pensase que seguía pereciéndole atractivo.

–De acuerdo –dijo Colleen.

Maggie se acercó a ella y sacó dos vasos más del armario.

–Aiden va a ir a correr, pero lo he invitado a cenar con nosotras más tarde –Maggie sonrió a su amiga–. ¿Te parece bien?

Colleen se quedó estupefacta, se suponía que su amiga la iba a ayudar a mantenerse alejada de él, no al contrario.

Tanto Aiden como Maggie se quedaron mirándola esperando una respuesta.

Sintió ganas de responder que jamás, pero se había prometido a sí misma no perder el control aquel fin de semana, y aquello incluía cenas inesperadas con Aiden y con amigas entrometidas.

Colleen sonrió.

–Estupendo –dijo lo contrario de lo que realmente pensaba.

Aiden la miró sorprendido.

–¿Estás segura?

Colleen bebió un poco de refresco.

–Por supuesto que sí, por qué no iba a estarlo?

Aiden se puso las manos en las caderas y alzó los hombros mientras miraba a Maggie.

–Por nada, por nada.

Aiden miró a Laura y le extendió un dedo.

–Hola, preciosa –la niña se lo agarró durante unos segundos. Él se acercó y le susurró algo al oído, lo que hizo que la niña sonriera.

Colleen los miró a los dos, le costaba respirar. Apartó la mirada y le alegró oír a Maggie decir algo sobre el pañal mientras se iba con la niña.

Colleen respiró aliviada, dejó el vaso sobre la mesa y miró alrededor.

–Estás invitado a quedarte a cenar, pero no esperes demasiado.

–Soy un hombre, cuando estaba en la universidad sólo comía latas. Aunque creo recordar que tú eras muy buena cocinera. ¿Qué hay de cenar?

Le agradó oírle decir aquello, cocinar era la única tarea doméstica que se le daba bien, aunque que la agradara no era nada bueno, como tampoco lo era que su cercana presencia la alterara tanto.

–Pollo con verduras y pasta –tomó un paquete de pasta para controlar las ganas que sentía de arrojarse en sus brazos.

–Suena mucho mejor que el pan con queso que estaba pensando cenar –miró el reloj–. ¿A qué hora cenaremos?

–Dentro de una hora –le contestó. Deseaba que no se quedara hasta entonces, porque si no le iba a resultar muy difícil controlar sus impulsos o no dejarse llevar por la curiosidad y preguntarle sobre aquella tristeza en su mirada.

Aiden se giró y se dirigió a la puerta.

–Aiden, espera –le dijo ella mientras se levantaba.

Él se giró para mirarla.

–Dime.

–¿Todo va bien? –logró decir.

Él se quedó mirándola fijamente y sus ojos se oscurecieron. Parpadeó un par de veces.

–Todo va perfectamente –dijo mientras apartaba la mirada–. ¿Por qué lo preguntas?

Ella se encogió de hombros y se arrepintió de haberse dejado llevar por su curiosidad.

–No sé… Estás cambiado…

Él se puso muy serio.

–Estoy bien –se apartó–. Volveré dentro de una hora –después salió del apartamento con un ligero portazo.

Colleen suspiró. Quizá nunca hubiera sabido cómo amarlo, pero siempre había sabido cuándo le pasaba algo, cuándo algo no iba bien.

Aiden mentía.

Lo había notado en su mirada.

De repente apareció Maggie.

–Dios santo, tu descripción se quedó bastante corta, amiga. Qué hombre tan atractivo.

Colleen permaneció paralizada con la sartén en la mano y negó con la cabeza. Quería dejar de pensar en Aiden y centrarse un poco.

–Lo sé –se giró y miró a su amiga–. ¿Y tú en qué estás pensando?

Maggie la miró con inocencia.

–No sé de qué me hablas.

Colleen siguió con los preparativos de la cena.

–Sí, ya, la celestina ataca de nuevo –la señaló con el dedo para regañarla–. Tú lo planeaste todo.

–No te pongas así, ¿qué tiene de malo que lo invitara a cenar? Me dijiste que sólo era un viejo amigo.

–Y ex novio –le corrigió Colleen–. Hay una ligera diferencia.

–Quizá, y quizá sí estoy planeando algo pero, ¿qué hay de malo? Es una maravilla de hombre, Colleen, deberías pensártelo.

Colleen dejó el cuchillo sobre la mesa y se giró para mirar a su amiga.

–Deja que te aclare algo –la miró fijamente–. Aiden y yo terminamos hace tiempo. Fin de la historia. No voy a volver con él. Nunca –no estaba dispuesta a olvidarse de aquel defecto que tenía, a pensar por un momento que lo había superado. No, ella nunca sería capaz de amar a nadie.

Maggie se quedó mirando a Colleen.

–¿Por qué no? Las cosas cambian.

No era verdad. Nada había cambiado, seguía siendo la misma persona, seguía siendo incapaz de amar, seguía siendo aquella niña con defectos que sus padres nunca habían querido.

–Aiden y yo nunca volveremos a estar juntos, Maggie –se apresuró a decir–. Está claro que te has olvidado que te pedí que vinieras para evitar tener que pasar mucho tiempo con él –se giró y siguió cortando verduras–. Así que dejemos el tema, ¿de acuerdo?

Antes de que Maggie pudiera contestar Laura empezó a llorar.

–Está bien, lo dejaré. Pero sólo porque tengo que ir a ver a Laura. Espero que duerma esta noche –se tocó el estómago suavemente–. No me encuentro muy bien.

Colleen se acercó a su amiga y le tocó el hombro.

–¿Qué te pasa?

–Seguramente será la hamburguesa que me tomé a la hora de comer. No es nada.

Maggie se fue a atender a Laura y Colleen se quedó inmóvil en la puerta. Deseó que su amiga no se pusiera mala, ya que era su primer fin de semana fuera tras el abandono de su marido hacía seis meses. El marido de Maggie se había marchado poco después del nacimiento de Laura porque decía que no estaba preparado para formar una familia.

Colleen continuó cortando verdura. La cocina siempre lograba distraerla, pero aquella vez no fue así. La cara de Aiden aparecía una y otra vez, la encantadora sonrisa, la profundidad de su mirada…

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Seguía afectándola.

Y gracias a Maggie aparecería en una hora para cenar con ellas. Colleen maldijo para sí misma.

Quería mantenerse apartada de Aiden, no quería ni cenar con él ni preocuparse por aquella tristeza en su mirada. Y tampoco quería verlo con Laura.

Como tampoco quería desear volver a estar entre sus brazos.

Pero se había prometido a sí misma pasar aquel fin de semana tranquila y lo haría. Sonreiría, hablaría y lo trataría como si fueran viejos amigos en lugar del único hombre que había sido capaz de acercarse a su corazón.

Después de correr un rato Aiden regresó a su apartamento para darse una ducha. Se puso una camiseta y unos pantalones cortos mientras se preguntaba si no había sido un idiota al aceptar la invitación de Colleen y Maggie.

La pregunta de Colleen antes de irse a correr había encendido todas las alarmas, no quería que ella le preguntara sobre temas difíciles de los que no quería hablar. Quizá fuera su instinto de

periodista el que le había hecho ver algo en él.

Fuera lo que fuera, no podía bajar la guardia. Las heridas que él tenía no eran asunto suyo, aunque ella fuera la causante de alguna de ellas.

Y las de ella tampoco eran asunto de él, aunque le estaba costando olvidarse de aquel despacho desordenado, de las plantas medio muertas y aquella vulnerabilidad que había visto en su mirada. Siempre había sido fuerte, dura, impasible…

Siempre había sido tan independiente…

Apretó las manos con fuerza mientras intentaba apartar de su mente los duros momentos de la ruptura con ella y la vida de guerra y muerte que había comenzado después.

Su error.

No podía permitir que el abandono de Colleen y los años en países en conflicto aparecieran constantemente. No si pretendía pasar el fin de semana sin incidentes.

Salió de su apartamento y se dirigió al de las chicas mientras pensaba en lo atractiva que estaba Colleen con pantalones cortos y aquella camiseta rosa.

A pesar de la ducha fría, su cuerpo respondió ante la imagen.

Menos mal que sabía controlarse.

Aunque la imagen de ella con el bebé en brazos no era tan fácil de olvidar. Por unos segundos él había recordado lo mucho que había deseado tener un hijo con ella.

Aiden se dijo que tenía que olvidar aquello también.

Se detuvo unos segundos delante de la puerta y se recordó que tan sólo iba a ser una cena tranquila y que Maggie estaría allí también.

Iba a ser una velada sencilla, de conversación superficial, sin complicaciones. Una buena forma de empezar el fin de semana. No iba a volver a sentir nada por Colleen, de ninguna manera.

Llamó a la puerta y unos segundos después Colleen le abrió. Le sonrió un poco, era la primera sonrisa sincera que veía en ella.

–Hola –dijo mientras se metía las manos en los bolsillos traseros de los pantalones.

Él intentó devolverle la sonrisa, aunque la sonrisa de ella lo había dejado casi paralizado.

–Hola.

Ella se quedó mirándolo mientras se movía nerviosa. Parecía una niña vergonzosa, pero no podía ser, era ridículo. Colleen nunca había sido así, siempre había sido una persona atrevida y lanzada.

Él esperó a que ella lo invitara a pasar, pero cuando no lo hizo habló él.

–¿Quieres que cenemos aquí fuera?

–Por supuesto que no –le contestó sonrojada mientras abría la puerta y lo invitaba a pasar–. No sé en qué estaba pensando.

Aiden pasó a su lado y pudo oler su perfume una vez más. Amaba aquella fragancia. Se dirigió al salón y Colleen lo siguió.

–Ha habido un pequeño problema. Maggie no se encuentra muy bien y he tenido que ayudarla con la niña, así que la cena aún no está lista.

–¿Qué pasa? –preguntó Aiden preocupado.

–La celestina.

–¿Cómo?

Colleen sonrió ligeramente.

–Sé que parecerá una tontería, pero creo que está fingiendo estar mala para que tú y yo estemos… solos.

Él se quedó mirando las sonrojadas mejillas de Colleen.

–Entiendo… –dijo aunque seguía sin entender muy bien–. ¿Por qué querría hacer algo así?

–Se le ha metido en la cabeza que tú y yo, bueno… Que nosotros quizá… Pudiéramos volver a salir juntos –él se quedó mirándola estupefacto y ella se apresuró a aclarar las cosas–. No te preocupes, pronto se dará cuenta de que es una idea absurda, pero creo que está decidida a llevar a cabo su plan.

Aiden estaba completamente de acuerdo con ella, los intentos de Maggie de unirlos eran ridículos, nunca permitiría que Colleen volviera a formar parte de su vida.

–¿Y qué hacemos?

Ella miró hacia el dormitorio y luego lo miró a él.

–No lo sé, es muy testaruda, voy a intentar convencerla de que se equivoca. ¿Te importa esperar aquí?

–No hay problema, sé que para cualquier cosa que tú prepares merece la pena esperar.

Ella sonrió con ganas.

–Muchas gracias, señor –dijo mientras hacía una reverencia–.

Volveré en unos minutos, con Maggie.

Aquella preciosa y sincera sonrisa lo dejaba siempre sin habla. La observó dirigirse al dormitorio mientras recordaba cómo aquella sonrisa siempre lo había enternecido y le había hecho sentirse como el hombre más afortunado del mundo. Era difícil olvidar lo a gusto que siempre se había sentido a su lado, como si hubiera encontrado su lugar y lo feliz que le había hecho, por lo menos durante un tiempo.

Sintió ganas de seguirla, tomarla entre sus brazos y perderse en aquel maravilloso sentimiento de pertenencia que había sentido sólo con ella.

Un deseo completamente estúpido y propio de un suicida.

Colleen tomó aire antes de entrar en el dormitorio de Maggie.

Oyó un gemido a través de la puerta.

De repente Colleen se preocupó. Entró en la habitación. Laura estaba jugando tan tranquila en el parque que Maggie había traído. La niña la miró y le sonrió. Colleen no quiso prestarle demasiada atención y se dirigió a su amiga, que estaba en la cama en posición fetal.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó acercándose a la cama.

–No muy bien, me duele mucho la barriga.

Colleen le tocó la frente. Estaba caliente. De repente se asustó, su amiga tenía fiebre.

Colleen se sentó a un lado de la cama y se sintió muy mal por haber pensado que su amiga estaba fingiendo.

–¿Dónde te duele?

–Siento pinchazos en el lado derecho.

–Tú tranquila, yo cuidaré de ti.

Colleen se levantó y pensó unos segundos en los síntomas. De repente recordó la apendicitis que había tenido en la universidad y, a pesar de que no era ninguna experta, se dio cuenta de que tenía los mismos síntomas que ella había tenido entonces.

Maggie volvió a quejarse y se acarició la barriga.

–Creo que será mejor que llames al médico –dijo Maggie desde en la cama.

Colleen miró el reloj. Eran las nueve de la noche. Demasiado

tarde para el centro médico, pero quizá hubiera algún servicio de urgencia en Sun Mountain.

–Volveré enseguida –le dijo mientras salía de la habitación y se decía a sí misma que tenía que mantener la calma.

Aiden estaba sentado en el sofá leyendo una revista, y cuando la vio aparecer tan apresuradamente se levantó preocupado.

–¿Qué pasa?

Ella se dirigió al teléfono.

–Maggie no está fingiendo –dijo mientras marcaba–. Está muy enferma. Creo que puede ser apendicitis.

Aiden se quedó a su lado visiblemente preocupado mientras ella hablaba con la recepcionista del hotel. Cuando Colleen terminó de hablar se alegró de que Aiden estuviera allí para ayudarla.

–El servicio de urgencias del hotel cerró a las cinco. El hospital más cercano está en Bend –tomó aire–. Yo podría llevarla, pero no creo que sea una buena idea. Es un viaje de media hora, es de noche y ni siquiera sé dónde está el hospital Saint Charles –se mordió el labio, no sabía qué hacer–. Está sufriendo mucho, quizá una ambulancia tardaría menos en llevarla… –de repente se quedó mirándolo–. ¿A ti no te enseñaron algo de primeros auxilios en el extranjero?

Sus ojos se oscurecieron.

–En realidad no, pero curé a varias personas. ¿Quieres que le eche un vistazo? –ella asintió–. De acuerdo.

Aiden se dirigió al dormitorio de Maggie y Colleen lo siguió. Estaba muy nerviosa.

Aiden le tomó el pulso y la miró detenidamente. Maggie estaba cada vez más pálida y no paraba de quejarse.

Unos segundos después él miró a Colleen.

–Creo que tienes razón –le dijo muy serio–. Necesita un médico ahora mismo. Llama a la ambulancia. Yo me quedaré con ella.

Colleen asintió y salió a llamar rápidamente. Estaba muy preocupada, no quería que le pasara nada a su amiga.

Pidió la ambulancia mientras deseaba que la enfermedad de Maggie no fuera nada serio.

De repente pensó en algo. Si Maggie tenía apendicitis, la tendrían que operar.

Y si Maggie tenía que permanecer en el hospital, Colleen estaría

sola. Sola con Aiden y con un bebé adorable. Las dos cosas que se había jurado evitar el resto de su vida. Tanto los bebés como Aiden le recordaban lo que nunca podría tener en la vida.

Que Dios la ayudara.

Capítulo 4

A LA MAÑANA siguiente, Colleen colgó el teléfono y miró a Laura. Los deseos de llorar cada vez que veía a la pequeña ya habían desaparecido.

–Saludos de parte de ma…

La niña hizo unos ruidos y arrojó un puñado de cereales al suelo.

Aquello estaba siendo una dura prueba. Colleen estaba agotada tras pasar la noche con una niña que extrañaba su cama y a la que no le gustaba dormir más de dos horas seguidas.

Y además se había pasado el desayuno tirando los cereales al suelo. ¿Acaso se había comido algo? Maggie le había dicho que no se preocupara, que Laura comía bien, pero Colleen estaba empezando a dudarlo.

Laura tomó otra cucharada de cereales y lo lanzó. La sustancia aterrizó en la frente de Colleen.

–Muy buena puntería –dijo ella mientras se limpiaba con una servilleta. Colleen intentó agarrar la cuchara para darle de comer a Laura, pero a la niña no le gustó la idea y empezó a llorar hasta que le devolvió la cuchara. Parecía que a la niña le gustaba alimentarse solita, aunque más que alimentarse parecía que lo que le gustaba era lanzar proyectiles.

Colleen se quedó mirando a la niña y se preguntó cómo una mujer tan poco experimentada como ella podría hacerse cargo de la responsabilidad que la repentina apendicitis de Maggie le había dejado.

Cuando la ambulancia apareció los enfermeros no tardaron en confirmar el diagnóstico de Colleen y se llevaron a Maggie rápidamente. Colleen quiso acompañar a su amiga, pero Maggie prefirió que ambos se quedaran a cargo de la niña. Probablemente sabía lo difícil que les iba a resultar hacerse cargo de una lanzadora de proyectiles tan pequeña.

Colleen no dijo nada a su amiga, a pesar de que la idea de tener que cuidar a una niña tan tierna como Laura no era la mejor forma

de olvidarse de sus enormes deseos de tener un bebé propio.

Pero ella estaba dispuesta a cuidar de la niña hasta que su amiga saliera del hospital. No podía fallarle a Maggie, aunque la tarea le estaba costando mucho.

Tras aquella noche sin dormir, Colleen pensó que quizá se había precipitado al decirle a Aiden que regresara a su apartamento, que no necesitaba su ayuda. Quizá la ayuda de otro adulto habría estado bien, pero lo único en lo que pudo pensar Colleen fue que ya iba a tener bastante con la niña y que tener a Aiden cerca sólo iba a poner las cosas más difíciles.

Miró el reloj. Eran las nueve y veinte.

–Pequeña, se supone que tenemos que estar fuera para la sesión dentro de cuarenta minutos –miró a la niña y luego se miró a sí misma–. Estamos hechas un desastre, mejor será que nos limpiemos.

Colleen intentó limpiarle los restos de cereales del pelo con una servilleta de papel. De repente alguien llamó a la puerta.

Frunció el ceño y, tras dejar la servilleta sobre la mesa, se dirigió a la puerta.

Cuando estaba a punto de salir de la cocina, Laura empezó a llorar.

Colleen regresó por ella.

–De acuerdo, de acuerdo, puedes venir –intentó quitarle la cuchara de la mano, pero no pudo–. Bien, quédatela si tanto te gusta.

Colleen abrió la puerta para ver a Aiden vestido con unos vaqueros, una camiseta y una gorra. Colleen se sintió repentinamente aliviada.

–Me alegra mucho verte –dijo ella. Él la miró sorprendido–. Será agradable estar con alguien que puede hablar, caminar, comer y hacer sus necesidades solo.

Él sonrió un poco y después miró el pelo de Laura. Al verlo frunció el ceño. De repente Aiden acarició la mejilla de Colleen suavemente. Aquello hizo que ella se pusiera nerviosa y tuvo que controlarse para no pedirle que siguiera así toda la vida.

Aiden retiró la mano y miró el trozo de cereal que le había quitado a Colleen de la cara. No la había acariciado porque sí, se la había estado limpiando.

Él se rió.

–Muy gracioso –dijo ella mientras se dirigía de regreso a la cocina–. ¿Tienes idea de lo difícil que es darle de comer a una niña?

Él entró en el apartamento, cerró la puerta y la siguió hasta la cocina.

–Soy el mayor de seis hermanos. Yo le daba de comer a mis hermanos cuando tenía diez años.

Ella siguió limpiándole el pelo a Laura con la servilleta.

–Ese es el problema. Que no me deja que yo le dé de comer. Quiere comer ella solita, aunque, como podrás apreciar, no ha comido mucho –Aiden se quedó en la puerta de cocina con las manos en la cadera.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó a Colleen.

Ella lo miró enfadada.

–¿Tú qué crees? Le estoy limpiando el pelo.

Él se acercó hacia ella mientras negaba con la cabeza.

–Así no conseguirás nada, el cereal es muy pegajoso. Necesita un baño.

Colleen lo miró estupefacta.

–Pero… Yo no sé cómo bañar a un niño.

Él le quitó la servilleta de las manos.

–No es muy difícil, yo te enseñaré.

Colleen no sabía si era buena idea. Bañar a Laura con Aiden o hacer cualquier tipo de actividad doméstica, probablemente sólo le haría recordar que ella nunca tendría ni un marido ni un hijo con quien hacer algo así.

Le quitó la servilleta a Aiden.

–No, gracias, lo haré a mi manera –miró el reloj–. ¡Maldición! Todavía tengo que ducharme antes de la sesión…

–En realidad por eso he venido. Está lloviendo y he pospuesto la sesión hasta que haga mejor tiempo.

Colleen se sintió un poco decepcionada, había estado deseando que llegara el momento de la sesión para salir del apartamento y estar no sólo con Aiden, sino más bien con otros adultos.

–No he tenido ni un segundo libre como para mirar qué tiempo hacía –atravesó el salón y abrió las cortinas.

El cielo estaba gris y llovía. No era un buen día para hacer fotos. Colleen maldijo de nuevo en voz baja.

Después se giró y miró a Aiden.

–Qué mala suerte, ¿no?

Él se encogió de hombros.

–Es lo que tiene hacer fotos en exteriores. A veces el tiempo no acompaña. No pasa nada si está nublado, pero cuando llueve y hace viento… No hay forma.

Ella sonrió un poco y luego bostezó.

–Tenía ganas de salir de aquí… Y de descansar un rato.

–¿Dormiste anoche? –le dijo mientras se acercaba a ella algo preocupado.

–No demasiado –reconoció ella. Le gustaba verlo preocupado y aquello no era un buen síntoma… Colocó a Laura en su otra cadera y se alejó–. No sé cómo Maggie se las arregla sola.

–Ser madre es una tarea dura.

Miró a Laura. La niña estaba chupando la cuchara.

–Ya me he dado cuenta, esto me está volviendo loca.

–Entonces tienes suerte –le dijo él–. Tal vez haya perdido la práctica, pero he cuidado a muchos bebés. Ayudé a mi madre a cuidar de todos mis hermanos.

–No sé… –dijo ella. Seguía sin saber si dejar que Aiden la ayudara era una buena idea. Estaba claro que necesitaba ayuda, pero, ¿era buena idea dejar que Aiden estuviera tan cerca de ella?

Antes de decidirse se sintió repentinamente agotada. Laura le resultó de pronto muy pesada, necesitaba sentarse. Se dirigió al sofá, pero de camino a Laura se le cayó la cuchara y empezó a llorar.

Colleen se sentó y olió algo. ¿Otra vez? Pensó mientras miraba a la niña y se levantaba.

–Eres una auténtica fábrica de caquitas.

En aquel momento Laura vomitó lo poco que había logrado comer. Gracias a Dios la niña llevaba un babero, pero Colleen no. Miró la mancha en la camiseta y en aquel momento se decidió. La idea de estar cerca de Aiden no le gustaba, pero tenía que ser realista, estaba agotada. Necesitaba ayuda.

–¿Sigue en pie la oferta de ayuda? –le preguntó a Aiden mientras sujetaba a Laura.

Él dudó durante unos instantes, pero después sonrió, recogió la cuchara del suelo, la limpió con su camiseta y se la devolvió a Laura.

–Por supuesto.

Laura no paraba de llorar a pesar de la cuchara. Colleen le susurró algo al oído en un intento por calmarla. El hecho de contar con ayuda la aliviaba bastante.

Estaba claro que tener que ocuparse de una niña revoltosa tenía que ser más fácil que tener a Aiden cerca.

Pero en algún lugar de su mente se le ocurrió algo.

¿Acaso estaba cambiando un problema por otro?

Por alguna razón la imagen de Colleen con una niña que no paraba de llorar en brazos, le enterneció de una forma que nunca antes había vivido. En realidad su corazón se había ablandado desde el momento en que Colleen le había abierto la puerta con Laura en brazos y recubierta de restos de cereales.

Estaba claro que aquella mujer no sabía nada sobre bebés.

Y aquella era la única razón que le había llevado a ofrecer su ayuda. Colleen le daba pena, se había visto envuelta en una situación completamente extraña para ella. Ayudarla no significaba jugar a las mamás y a los papás con ella y además iba a ayudarla sin permitir que sus atractivos le volvieran a afectar.

Aiden tomó a Laura en brazos y la niña dejó de llorar y se quedó mirándolo. El silencio era de agradecer.

Colleen lo observó.

–Supongo que tienes un don especial.

Él sonrió y se encogió de hombros.

–A los niños les gusto. Bueno, ¿y qué hay de esa clase sobre cómo bañar a un bebé?

Colleen se quitó un trozo de cereal de la cara.

–¿Te importa que me duche antes?

–No, claro que no, dime dónde están los pañales y yo me encargaré de su parte trasera –después le dio un beso a la niña en una parte limpia de su mejilla.

Laura se apartó y el labio inferior le empezó a temblar. De repente sus ojos se humedecieron. Se puso roja y tensa y empezó a llorar.

Mientras él se preguntaba cómo alguien tan pequeño podía gritar tanto, Colleen se acercó a él y le dio palmaditas en la espalda.

–Creo que has perdido ese don especial.

Él la balanceó de un lado a otro para calmarla.

–Nos llevaremos bien, ¿no, pequeña?

Colleen hizo un gesto para que la siguiera y se fue por el pasillo.

–Lo que tú digas. Sígueme.

Aiden la siguió hasta el dormitorio de Maggie. A un lado había una mesa preparada para cambiar a la niña. Estaba llena de pañales limpios y el material necesario para limpiarla. También había mucha ropa tirada por el suelo.

Él negó con la cabeza.

–Supongo que esta mañana hubo tormenta, ¿no?

Colleen lo miró de reojo.

–Lo hice lo mejor que pude considerando que anoche cambié por primera vez un pañal.

–Bien, yo he cambiado muchos, tú vete a ducharte que yo me encargaré de esto.

Colleen no tardó en salir de la habitación.

Aiden puso en práctica todas sus habilidades para cambiar a la niña mientras le cantaba una canción. Aun así Laura no paraba de llorar, era una niña difícil.

Sus gritos le recordaron a los desnutridos niños que había visto en los países en guerra y sintió un escalofrío. ¿Acaso no había niños felices, tranquilos? ¿Y si no encontraba ninguno? ¿Qué haría entonces?

Cuando terminó de cambiarla Laura se había calmado, pero media hora más tarde se dio cuenta de que si tenía un don especial no servía de nada con ella. La niña no paraba de llorar.

Cuando Colleen llegó al salón, recién duchada y vestida con unos vaqueros y una camiseta, Aiden ya no sabía qué hacer para calmar los gritos de la niña.

Cuando Laura vio a Colleen, extendió los brazos hacia ella.

Colleen se quedó parada en medio del salón, sorprendida de que la niña quisiera estar con ella.

De repente Aiden vio una vez más aquella vulnerabilidad en su mirada.

–Supongo que quiere estar contigo –dijo mientras pensaba que prefería no volver a ver aquella expresión en la cara de Colleen. Le pasó a la niña–. Parece ser que no soy yo el que tiene el don

especial.

Laura paró en cuanto Colleen la tomó en brazos y apoyó su carita contra el cuello de ella. Colleen le acarició la espalda y le dio un beso en la mejilla.

–Ya está cariño, ya estoy aquí.

Se giró y comenzó a caminar por el salón mientras le susurraba cosas a la niña. Después se sentó y colocó a la niña entre sus brazos. Laura se tranquilizó y alargó la mano para agarrar los pendientes de Colleen. Ella sonrió a la niña y le acarició el pelo.

Aiden se quedó mirándolas, incapaz de apartar la mirada de ellas, aunque su sentido común le advertía que debía hacerlo. Un profundo sentimiento de calor y ternura le recorría el cuerpo.

Ambas parecían hechas la una para la otra, como si fueran la pareja perfecta.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía Colleen pasar de aquella fría y distante mujer a la imagen de la madre ideal?

De repente Aiden se sintió incómodo, no quería contemplarla de aquella forma.

Parecía que Colleen podía controlar la situación y él necesitaba tomar aire y alejarse de aquello. Aquella nueva imagen de Colleen le gustaba demasiado y en realidad ni siquiera quería que ella le gustara. Necesitaba pensar en ella como la mujer que tanto daño le había hecho y no como una persona sensible y vulnerable.

–Bueno, parece que se te da muy bien –le dijo alejándose de las dos. Laura parecía estar a punto de quedarse dormida–. Creo que es hora de que me vaya.

–¡No! –exclamó Colleen en voz baja mientras miraba a Laura–. Quiero decir, bueno, ella necesita un baño y yo no puedo hacerlo sola –él se detuvo. No sabía qué hacer. Antes de que se decidiera, Colleen sonrió–. Por favor, quédate. Tal vez ahora todo vaya bien, pero estoy segura de que no durará. No dormirá durante mucho tiempo y necesitaré ayuda cuando se despierte.

Conociendo a Colleen, pensó Aiden, debía de estar muy desesperada como para pedirle ayuda, y él no era de esos hombres capaces de negarle ayuda a una damisela en apuros. Tan sólo debía olvidarse de aquellas absurdas ideas acerca de la bonita pareja que formaban Colleen y la niña.

O lo mucho que Colleen parecía haber cambiado.

Necesitaba recordar el pasado, necesitaba recordar el daño que le había hecho, su incapacidad para amarlo.

Aiden suspiró y se preguntó si había perdido su sentido común.

–De acuerdo, me quedaré un rato. ¿Quieres desayunar?

–Justamente estaba pensando en eso –contestó ella–. ¿Y si haces una de esas estupendas tortillas que tú solías hacer?

–Enseguida –se dirigió a la cocina mientras recordaba la cantidad de veces que le había preparado aquella tortilla a Colleen.

Olvidarse de aquella tierna imagen de Colleen con Laura no iba a ser tan fácil como había pensado. Aunque él sabía que le había hecho mucho daño en el pasado, la verdad era que aquella nueva Colleen lo intrigaba enormemente.

Capítulo 5

COLLEEN deseó que Laura no se despertara mientras salía del salón de puntillas. Menos mal que la niña estaba muy cansada de tanto llorar y se durmió enseguida. Colleen necesitaba un descanso desesperadamente.

Cuando llegó al pasillo sin que Laura se despertara, se pasó una mano por el cabello aún mojado y suspiró aliviada. Deseó que la niña la dejara desayunar y así pudiera recuperar fuerzas para el segundo asalto.

De repente recordó que el desayuno era con Aiden.

El hombre que había dado un vuelco a su vida hacía ocho años estaba allí, el hombre que le había mostrado lo incapaz que ella era de amar.

¿Cómo había podido pedirle ayuda a él?

Quizá tan sólo quería tenerlo cerca para ocuparse del tema de los pañales. Sí, aquella debía de ser la razón. Evitar hacer aquel trabajo sola merecía la pena, aunque tuviera que librar una batalla sentimental consigo misma para lograrlo. No podía encariñarse con él una vez más.

Ya había vivido aquello hacía ocho años y el resultado había sido desastroso. No podía permitir que volviera a suceder.

Siguió el olor a tortillas hasta la cocina. Si su memoria no le fallaba, Aiden era capaz de hacer una tortilla en muy poco tiempo. Cuando salían juntos solía prepararle bastantes y a ella aquello siempre le había hecho sentirse muy bien cuidada.

Cuando se acercaba a la cocina, le oyó cantar algo. Se detuvo en la puerta y lo observó. Su pulso se aceleró. ¿Qué tendrían los hombres cocineros que resultaba tan atractivo? ¿Era quizá porque se trataba de algo que nunca había hecho su padre? ¿O quizá porque sólo un hombre muy especial se movía tan bien en la cocina?

¿O quizá porque las únicas veces que había visto a Aiden cocinando había sido cuando lo hacia para ella porque la quería?

Negó con la cabeza. No importaba, tenía que dejar de pensar en él como alguien más que una persona que podía ayudarla a cuidar de Laura. Sólo tenía que actuar como si todo fuera bien.

Aiden se giró y la miró.

–Ahí estás –levantó la espumadera en señal de saludo–. Lograste meterla en el parque sin que llorara.

–¿Oyes algún llanto?

Aiden se quedó en silencio escuchando atentamente.

–Maravilloso silencio.

–No ha sido una tarea fácil –dijo mientras se acercaba a la cocina para ver cómo freía la tortilla. Después miró a su alrededor y se dio cuenta de que Aiden había recogido la cocina y había puesto la mesa. Colleen tenía mucha hambre–. Maravillosa comida también.

–Debes de estar hambrienta.

–Sí señor, no he podido comer nada todavía.

–Bien, siéntate entonces –le dijo mientras sacaba una silla y la invitaba a sentarse–. Te serviré el desayuno.

Ella sonrió y se sentó.

–No hace falta que lo hagas todo por mí.

Él apagó el fuego.

–Por supuesto que sí –sirvió la tortilla en el plato de ella–. Empieza a comer… Espera, se me olvida algo –se acercó a la nevera, sacó el bote de ketchup y se lo llevó–. Sé que querrás tomártela con esto.

–¿Te acuerdas de que me gustan las tortillas con ketchup?

Él la miró y ella sintió como si estuviera nadando en aquellos inmensos ojos verdes.

–Recuerdo muchas cosas sobre ti –dijo él con un tono suave. Después se giró y se apartó de ella y a Colleen le pareció oír que decía: «Quizá demasiadas cosas».

Colleen se imaginó que Aiden no debía tener demasiados recuerdos positivos de su relación, ya que a pesar de la atracción que ambos sentían el uno por el otro, siempre habían discutido mucho.

Discusiones provocadas por los intentos de él de que ella se abriera más, algo que ella no había sido capaz de hacer. Siempre había querido mantenerse alejada de él porque temía que si se

abría, Aiden descubriría aquel defecto, descubriría que ella era incapaz de amar a nadie. Al final había decidido abandonarlo y así no tener que luchar tanto para mantener su secreto. No habría podido afrontar el momento en que él descubriera que era incapaz de amar.

La habría abandonado como hicieron sus padres, y aquello era algo con lo que no habría podido vivir.

Colleen intentó no pensar en el tormentoso pasado y lo observó moverse por la cocina. No pudo evitar fijarse en aquella espalda ancha, en aquel cuerpo musculoso.

De repente recordó la tortilla y se dispuso a comerla. A medida que iba comiendo sintió cómo se iba relajando poco a poco. Quizá la tensión y el agotamiento que sentía sólo se debían al hambre. Cuando Aiden terminó de colocarlo todo en el lavavajillas, se giró hacia ella, se apoyó en la encimera y la miró.

–¿Qué tal está?.

–Muy buena –le contestó ella–. Muchas gracias.

–De nada. Me acordé que tu tortilla favorita era la de queso. Fue una suerte que tuvierais un poco en la nevera.

Ella se atragantó.

–¿También te acuerdas de eso?

Él la miró como enfadado.

–Por supuesto que me acuerdo, debí de prepararte por lo menos un centenar de tortillas.

De repente Colleen recordó la cantidad de cosas maravillosas que él solía hacer por ella y se sintió incómoda. Sonrió para disimular y comió un poco más.

–Ciento y una ahora. Muchas gracias una vez más –tomó un poco de zumo mientras lo miraba por encima del vaso.

Él se acercó a ella y se inclinó sobre la mesa.

–No hay de qué –Aiden se quedó mirando la boca de ella y de repente una repentina atracción se hizo palpable en el ambiente. El deseo parecía flotar sobre el aire y a ella le costaba respirar. Su pulso se aceleró como lo había hecho hacía tiempo, cuando estaba abrazada a él.

Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba pasando él la estaba besando.

Colleen sintió cómo todo su cuerpo se encendía y no podía

apartarse de él. Ni siquiera podía pensar en nada coherente. El cuerpo de él estaba tan cerca que podía olerlo, saborearlo, desearlo… Al besarlo era fácil pensar que aquellos brazos podían protegerla de sus recuerdos, los recuerdos de sentirse poco querida, poco deseada.

Ella se derritió en sus brazos, quería que el cuerpo de él la protegiera de todo. Aiden le acarició la parte posterior de la cabeza y la sujetó mientras su lengua se abría paso en la boca de Colleen. Amabas lenguas se acariciaron con pasión y sus cuerpos parecían puro fuego. Deseaba levantarse y llevarle a su cama para pasarse todo el día haciendo el amor.

De repente oyó el llanto de un bebé y lo ignoró para centrarse en besar a Aiden con toda la pasión de la que era capaz. Después las manos masculinas descendieron y la acercaron hacia él hasta que ella pudo sentir su…

¡Un bebé llorando!

Colleen se separó de él y gritó:

–¡Laura! –exclamó mientras miraba la cara confundida de Aiden–. Laura está llorando –se giró con torpeza y se fue de la cocina.

Entró en el cuarto de Maggie temblando y con una sola idea en la cabeza.

«¿Qué he hecho?», se preguntó a sí misma una y otra vez.

Estaba muy nerviosa y decidió olvidarse de aquella pregunta hasta que se ocupara de Laura. La habló con dulzura y la tomó en brazos. La niña se calmó enseguida y empezó a cabecear de nuevo.

Colleen salió de la habitación lentamente con Laura en brazos.

–Está bien –le dijo a Aiden.

Colleen se dirigió al salón y se sentó en el sofá con Laura y la niña se acomodó entre sus brazos mientras cerraba los ojos lentamente. Colleen no pudo evitar mirarla con ternura.

Alzó la vista, incapaz de dejar de sonreír ante aquel novedoso sentimiento, y vio a Aiden en la puerta del salón, mirándola fijamente, con los ojos llenos de… ¿Ternura? ¿Admiración?

Se sintió incómoda y volvió a mirar a Laura, que ya empezaba a dormirse de nuevo. Colleen volvió a sonreír y no pudo evitar mirar de nuevo a Aiden. Pero sólo pudo verlo dirigirse rápidamente hacia la cocina.

Frunció el ceño. ¿Acaso se había imaginado la forma tan tierna con que la había mirado hacía un rato? La cabeza le daba vueltas y se preguntó por qué le importaba tanto, pero sobre todo cómo había permitido que su boca respondiera ante el beso de Aiden en lugar de apartarse de él, que era lo que tenía que haber hecho.

Quizá la noche sin dormir había afectado a su cerebro.

Tenía que darle gracias a Laura por haberse despertado y haber detenido aquella locura.

La dura realidad le había hecho a Colleen ver que no podía permitir que Aiden se acercara tanto a ella. No podía besarlo. No podía perder el control, aquello sólo podía llevarla a ser vulnerable.

¿Y qué quería decir todo aquello?

La respuesta era sencilla. Tenía que asegurarse de que no volvería a perder el control, de que no volvería a besar a Aiden.

No importaba lo mucho que anhelara sus abrazos.

No olvidaría aquello.

Aiden siguió recogiendo la cocina sigilosamente, aunque tenía ganas de dar portazos y hacer ruido por todas partes. De repente se detuvo y negó con la cabeza.

¿Por qué permitía que la imagen de Colleen durmiendo a Laura se repitiera una y otra vez en su cabeza? ¿Acaso estaba intentando convencerse de que ella había cambiado?

No quería pensar en Colleen nada más que por cuestiones de trabajo. No podía olvidar lo que ella le había hecho en el pasado.

A pesar de sus buenas intenciones, estar con Colleen se estaba volviendo cada vez más difícil, sobre todo desde que Maggie se había puesto enferma. Era extraño, pero lo único que sentía últimamente hacia ella era admiración por la forma en que cuidaba a la niña.

Y aquel beso…

Aiden se criticó duramente. Aquel beso había sido un error y punto. Se había dejado llevar por la atracción que sentía por ella, por sus instintos en lugar de pensar en las razones por las que no debía acercarse a ella nunca más. No estaba dispuesto a repetir los errores del pasado.

Se sintió satisfecho por haber recapacitado y haber visto las

cosas claras y se dirigió al salón, muy seguro de poder enfrentarse a Colleen de una forma calmada y distante.

El salón estaba vacío y Aiden pensó que probablemente Colleen estaría acostando a Laura. Se sentó en el sillón y justo en aquel momento apareció Colleen, que se estaba estirando mientras bostezaba.

–¿Cómo puede la gente hacer algo así durante dieciocho años? –dijo ella al entrar al salón.

Aiden no pudo evitar mirar su vientre desnudo, que había quedado al descubierto por el movimiento.

–¿Quieres decir estirarse?

–Por supuesto que no, quiero decir que no entiendo cómo la gente se las arregla para cuidar de los niños durante tanto tiempo –se sentó en el extremo opuesto del sofá.

–Ah, te refieres a eso.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó ella mientras se acercaba un poco.

Él volvió a sentir aquella fragancia a melocotones, que lo envolvió con un aroma suave y femenino.

–Sí, por supuesto –se movió en el sofá y deseó que su organismo pudiera pensar igual que su cabeza. Así podría controlar el deseo.

Colleen se acercó un poco más.

–Escucha… Yo quería hablarte… Del beso… –se sonrojó un poco.

–Sí, yo también he estado pensando en eso –se movió para mirarla directamente a la cara–. Fue un error, lo lamento.

Ella asintió con la cabeza.

–Lo sé.

–Siempre hubo mucha atracción entre nosotros, ¿no es así? –Aiden recordó que se pasaban la mayor parte del tiempo en la cama.

–Sí, pero dejarse llevar por ella ahora sería un error, como tú has dicho –dijo Colleen recuperando su racionalidad mientras se recordaba por qué Aiden y ella no tenían ninguna oportunidad de ser felices.

Aiden se reclinó en el sofá y miró al techo. Después la miró a ella.

–Tú siempre has pensado eso, ¿no es así? –parecía dolido–.

Tener algo conmigo siempre fue un gran error. ¿Por qué?

Colleen le pidió ayuda al cielo. No quería hablar de aquello, nunca había querido hablarlo. ¿Pero qué tenía de malo en aquellos momentos? Hacía ocho años no había podido enfrentarse a su vergonzoso pasado y lo que éste había provocado en sus relaciones. En lugar de contárselo ella había huido.

En aquellos momentos ambos habían reanudado sus vidas y, aunque debían trabajar juntos en un artículo, después cada uno seguiría su camino.

Ya no significaban nada el uno para el otro. En realidad, ya no le importaba lo que él pensara de ella, ¿no era así?

Se mordió el labio y la sorprendió sentir cómo sus ojos se humedecían. La sorprendió mucho darse cuenta de que Aiden aún era capaz de sacar toda su sensibilidad en un momento.

Ella se limpió las lágrimas y se preparó para contarle toda la historia, pero antes de empezar Aiden le tocó el brazo.

–Después de tantos años, aún me pregunto por qué me abandonaste –él sonrió incómodo–. Siempre sentí que las cosas románticas te parecían horribles, pero nunca entendí por qué.

Ella sonrió sin ganas.

–Yo nunca te he hablado de mi infancia, ¿no es así? –nunca le había hablado a nadie sobre aquel tema, ya que se avergonzaba de reconocer que sus padres nunca la habían querido.

Él frunció el ceño.

–Lo único que sé es que no te llevas bien con tus padres, que eres hija única y que te criaste en Beaverton. Eso es todo.

Ella se levantó de repente y comenzó a caminar delante del sofá.

–No hay mucho que contar. A mis padres no les gustaba ser padres. No me prestaban atención y siempre me dejaban sola –se detuvo para intentar controlar el dolor que aquellas palabras le causaban–. La verdad es que me abandonaron cuando yo tenía nueve años. No he sabido nada de ellos desde entonces. Viví con varias familias adoptivas, y terminé viviendo con una mujer alcohólica que no paraba de insultarme y que me obligaba a cuidar de sus hijos pequeños.

–Lo lamento mucho, Colleen, no sabía nada.

–Lo peor es que no pude evitar pensar que el abandono de mis padres era culpa mía –sus ojos se humedecieron de nuevo y un par

de lágrimas descendieron por su mejilla.

Aiden se levantó y se acercó a ella. Parecía incómodo y quería consolarla, pero ella lo apartó.

–Déjame terminar. Siempre he sabido que había algo malo en mí, un defecto que hizo que mis padres no me quisieran –lo miró y negó con la cabeza–. Así que ya lo ves, no fue por ti. El problema lo tengo yo y nunca desaparecerá. Nunca he podido tener relaciones duraderas. No sé cómo hacerlo.

–¿Y por eso me abandonaste? –ella asintió y se quedó mirando al suelo. Se sentía incapaz de mirar a Aiden–. ¿Y por qué no me lo dijiste entonces?

–Estaba… avergonzada –de repente comenzó a llorar desconsoladamente.

Aiden no tardó en acercarse a ella y la abrazó desde atrás.

–Ojalá me lo hubieras contado, podríamos haberlo arreglado –le susurró al oído.

–No hay forma de arreglar lo que no está ahí.

Él la agarró por los hombros y la obligó a girarse para mirarlo. Su mirada estaba llena de furia.

–El que tus padres no te quisieran no era culpa tuya, sino de ellos.

Ella se quedó mirándolo mientras negaba con la cabeza.

–Pero si yo hubiera sido distinta…

–¡No! ¡Ni se te ocurra decir algo así! Son tus padres los que debían haber sido diferentes. Tú sólo eras una niña, por Dios. Ellos no supieron hacerlo, Colleen, no tú.

Ella había pensado en aquello una y otra vez y, aunque la opinión de Aiden parecía razonable, ella sabía que no era verdad. Era ella la que tenía el defecto. Era incapaz de amar. Tanto la relación con sus padres como la relación con él lo demostraba. No había sabido cómo amar al hombre más maravilloso del planeta, había incluso sido capaz de abandonarlo cuando él le había ofrecido todo. Cualquier otra mujer se habría quedado con él, pero ella no.

Colleen le sonrió.

–Te agradezco lo que dices, pero no estoy de acuerdo.

Él la miró mientras negaba con la cabeza.

–Eres una tonta maravillosa, Colleen. Te has creído responsable del mal comportamiento de tus padres y has arruinado tu vida,

nuestra vida, la vida que podríamos haber tenido juntos.

Ella comenzó a llorar de nuevo cuando pensó en lo que había perdido.

–¿Y crees que no lo sé? ¿Crees que no sé a qué renuncié cuando te dejé? –susurró ella. Casi no podía hablar–. Siempre me lo he reprochado, pero así tenían que ser las cosas.

Se apartó de él y le dio la espalda. El sentido común había vuelto, y ella seguía teniendo un defecto insuperable. Se giró hacía Aiden y, sin querer fijarse en la preocupación con que la miraba, continuó diciendo:

–Nada ha cambiado. Así tenían que ser las cosas entonces y así tienen que ser también ahora.

Colleen fue hacia la cocina con el corazón hecho pedazos. El dolor le inundaba el cuerpo.

Había sido una estúpida al sincerarse con Aiden, una tonta si pensaba que podría superar aquel terrible defecto. La verdad era que no era capaz de amarlo, que nunca lo sería.

Se dio cuenta de que había albergado la esperanza de haber cambiado, de ser diferente. Pero tenía que enfrentarse a la realidad, seguía teniendo el mismo defecto de siempre.

Capítulo 6

A AIDEN NO lo sorprendió que Colleen se fuera a la cocina. Después de aquella explicación la entendía mejor y podía entender por qué lo había abandonado.

Durante unos segundos deseó llamarla y tomarla entre sus brazos para calmarla, pero aquel impulso no tardó en desaparecer. A pesar de que lo entendía todo mejor, no podía permitirse volver a amarla.

Tener una relación con Colleen sería un error, no quería volver a ponerse a prueba, ya había fracasado una vez con ella. Al saber por qué ella lo había abandonado tenía aún más razones para mantenerse alejado. Colleen llevaba consigo una pesada carga, y él también, y una relación no podría salir bien con todo aquello.

Así que le dijo a Colleen que tenía que revisar su materiales y la dejó cortando verdura. Le prometió que volvería para enseñarle a bañar a la niña. Regresó a su apartamento, comió algo y se aseguró de que todo su material estuviera en perfecto estado.

Colleen lo llamó una hora después, Laura se había despertado. La ayudó a bañarla mientras intentaba mantenerse lo más alejado de ella y después fue a ver qué tal tiempo hacía. Afortunadamente el cielo estaba despejado y la sesión podría llevarse a cabo.

Aiden se apresuró a avisar a los padres, estaba deseando empezar con la sesión.

Pero desde que Aiden enfocó la cámara por primera vez, todo comenzó a ir mal. Los niños no paraban de llorar cada vez que él se acercaba a ellos.

Pero él tenía que hacer su trabajo, así que insistió, estaba decidido a hacer las fotos.

Se quedó en un prado lleno de árboles y esperó pacientemente a que los niños se calmaran. Probó todo tipo de trucos para distraerlos, hacerles reír, y justo cuando parecía haberlo conseguido empezaron a llorar de nuevo.

Colleen le dio el material del que ella se estaba encargando a un

padre y se apresuró a ayudarlo. A Aiden lo sorprendió mucho ver la paciencia con que Colleen atendía a cada niño y lograba que se calmaran. Al final logró hacer una buena foto.

Después de dos horas de largo trabajo, los niños empezaron a quejarse por todo y Aiden le dijo a Colleen, que estaba exhausta, que ya tenía material suficiente para trabajar.

Los padres suspiraron aliviados y se llevaron a sus hijos a los apartamentos. Colleen se llevó a Laura, que parecía muy cansada, pero antes de marcharse se acercó a Aiden.

–Sé que esto es pedirte mucho quizá pero, ¿me ayudarías un poco con ella esta noche? La idea de ocuparme de ella yo sola me abruma.

Aiden tenía idea de estar solo en su apartamento y disfrutar un rato del silencio. Además, no le convenía estar con Colleen.

–¿Crees que es una buena idea?

Ella inclinó la cabeza.

–Sé a qué te refieres, yo también me propuse estar alejada de ti.

Él la miró sorprendido, pero antes de que pudiera contestar, ella volvió a hablar.

–No voy a evitar el tema, Aiden. Sé que después del beso debemos mantener las distancias, pero estoy agotada y no sé si cuidaré bien de ella. Teniendo eso en cuanta, estoy dispuesta a pasar tiempo contigo si tú también lo estás –lo miró con firmeza–. Pero ni un beso más, ¿de acuerdo? Por lo menos no hasta dentro de un par de días.

A Aiden le gustó que fuera tan directa y tenía que reconocer que verla allí, con el pelo rubio al viento, sus sonrojadas mejillas y la niña en sus brazos, no le ayudaba nada a negarse. Además se lo debía, ella lo había ayudado mucho en la sesión, no podría haberlo hecho sin ella.

¿Cómo podría fotografiar a niños sin ayuda?

No quería buscar repuesta para aquella pregunta en aquellos momentos, así que recogió su material.

–De acuerdo. Necesito llevar mis cosas al apartamento y darme una ducha, te veré en el tuyo a las cinco y media.

Ella sonrió aliviada.

–Estupendo –se giró y lo miró por encima del hombro–. Le daré algo de comer, y después quizá otro baño. Después llamaremos a

Maggie al hospital. Te veo más tarde.

Aiden las vio marchar, Colleen le susurró algo en el oído a Laura y la niña se giró y le hizo un gesto de despedida con la mano.

Él sonrió mientras negaba con la cabeza. Una vez más no podía dejar de pensar en la buena pareja que formaban aquellas dos mujeres. Tal vez Colleen pensaba que necesitaba ayuda con Laura, pero se había ocupado muy bien de todos los niños durante la sesión. Había demostrado ser una mujer muy paciente y que confiaba en sí misma.

Una mujer muy diferente a la que había conocido hacía tiempo. La nueva Colleen era más centrada, menos egocéntrica.

Aiden apartó aquellas ideas de su cabeza, él ya había aprendido la lección. No iba a volver a cometer el mismo error, no iba a volver a enamorarse de ella.

Ya sabía lo peligroso que era tener una relación con Colleen. Tenía los ojos bien abiertos.

Tan sólo tenía que asegurarse de que permanecieran así.

Aquella noche, Colleen y Aiden guardaron los platos sucios en el lavavajillas y cayeron rendidos en el sofá.

Aiden estaba agotado.

Colleen se apartó el pelo de la cara y lo miró desde el otro extremo del sofá.

–Nunca he trabajado tan duro…

Aiden estiró los brazos y se reclinó sobre el sofá.

–Es verdad que no has parado hoy, me ayudaste mucho en la sesión, no lo habría logrado sin ti. Gracias.

–Aquellos niños eran horribles, ¿no crees?

Él asintió.

–No sabía que hacer fotos de niños pequeños fuera a ser tan difícil –de repente le sobrevino una duda: ¿estaba capacitado para dedicarse a hacer fotos a niños?

Ella lo miró sorprendida.

–Entonces, ¿por qué quieres dedicarte a ello? ¿Por qué no haces algo más sencillo?

Aiden se sintió confundido. Las preguntas de Colleen no se detendrían ahí, y no estaba preparado para hablar de su pasado o

explicarle por qué quería dedicarse a aquella profesión.

–Me gustan los niños y me gusta hacer fotos –le dijo mientras se encogía de hombros–. Me pareció una buena combinación.

–A mí no me lo parece. Resulta extraño que abandonaras una prestigiosa carrera como fotógrafo de guerra para dedicarte a algo tan insignificante como hacerle fotos a niños.

Él permaneció callado. Quería que ella dejara de hablar del tema. A pesar de lo bien que ambos habían trabajado juntos y lo a gusto que habían estado cuidando de Laura, contarle por qué había regresado era demasiado. Era muy doloroso para él hablar de aquel tema.

Hasta le costaba pensar en los recuerdos que le acechaban, y la culpa aparecía cada día.

Como Aiden no contestaba, ella se recostó en el sofá, acercándose más a él.

–¿Por qué has vuelto, Aiden? ¿Por qué abandonaste tu carrera?

Aiden se alejó. Se sentía incómodo.

–Por nada en especial –mintió–. Supongo que necesitaba un cambio –aquello último sí era verdad. Un hombre no podía vivir toda su vida viajando de un lugar a otro, como si fuera un nómada. Él no.

–Vamos, Aiden –dijo ella mientras se acercaba más aún–. He visto las arrugas en tu cara, ¿qué pasó?

«Cosas terribles, cosas que yo no podía detener».

Aiden cerró los ojos durante unos segundos, apartando las horribles imágenes de su cabeza.

Tomó aire y miró a Colleen. Intentó sonreír.

–Supongo que he envejecido.

Ella frunció el ceño.

–¿Y… ?

–¿Y qué?

–Y seguramente haya algo más, veo más que arrugas en tu cara –la voz de ella era suave, sensible. Se quedó mirándolo detenidamente–. Veo también… sombras.

Él la miró sorprendido. Colleen parecía muy perspicaz, algo que no la había caracterizado hacía ocho años.

Había notado cambios en él.

Y era verdad que tenía sombras en su interior, sombras que no le

dejarían olvidar las atrocidades que había vivido. Estaba claro que aquellas vivencias habían dejado huella en su cara.

Maldijo en voz baja. No quería que nadie supiera lo mucho que sus años en el extranjero le habían afectado, la culpa que sentía.

No quería que nadie supiera que les había fallado, que les había fallado a aquellos niños.

Se giró y la volvió a mirar. Ella lo miraba también con aquellos increíbles ojos azules. Lo miraba con un cariño, con una compasión que nuca había visto en ella.

De repente Aiden sintió un profundo dolor, en el preciso momento en que había decidido hablar. Deseó poder compartir con ella las cosas terribles que había visto.

Pero no podía hacerlo.

No quería darle pena, pero no podía hablar del tema porque le haría mucho daño recordarlo una vez más. Quería olvidarse de todo, alejarlo de él con un nuevo trabajo, una nueva vida.

Colleen no necesitaba saber por qué tenía pesadillas, no necesitaba saber qué le había cambiado tanto.

Apartó el dolor, lo ignoró una vez más.

–Te estás imaginando cosas, Colleen. Cambié de profesión porque estaba cansado de vivir lejos, cansado de estar lejos de mi familia. Eso es todo –se frotó las manos dispuesto a cambiar de tema–. Bien, ¿qué hay de postre?

Ella tardó en responder. Se limitó a permanecer sentada en el sofá, mirándolo sin parpadear. Negó con la cabeza, con los labios apretados y una expresión seria. Después descruzó las piernas y se levantó del sofá.

–Muy bien, ignora mis preguntas, entiendo por qué no quieres compartir nada conmigo. Nunca fui muy buena escuchando, ¿no es así? –se dirigió a la cocina lentamente–. Iré por un poco de helado.

Cuando pasó a su lado, él la agarró del brazo, pero en el último momento la soltó.

«Deja que se vaya, no te metas en problemas», se dijo a sí mismo.

Vio cómo ella se marchaba. No quería que pensara que no quería compartir aquello con ella. Seguramente Colleen, con una infancia tan desgraciada, lo entendería muy bien.

No, ella no era el problema. No podía hablarle de aquellos

horrores y lo que le provocaban.

La culpa. Los recuerdos que lo perseguían. Sus demonios.

Nadie podía ayudarlo con aquellas cosas… Y menos aún Colleen.

No podía olvidar que con ella también había fracasado.

No podía olvidarlo, no después del infierno que había vivido, no podía volver a vivir un fracaso.

Era más de la medianoche y Colleen estaba en la cama despierta a pesar del duro día que había vivido.

No podía dejar de pensar en Aiden, aunque aquello la enfadara. Sólo podía pensar en lo tranquilo y paciente que había sido con los niños aquella tarde. Había hecho todo lo posible por hacer que los niños sonrieran y no había perdido la paciencia.

También se había esforzado mucho en ayudarla a ocuparse de Laura.

A Colleen no le costaba entender por qué le había gustado tanto hacía ocho años. Era un hombre maravilloso, cariñoso…

Aquel pensamiento fue suficiente para encender la luz de alerta.

Se quitó las sábanas de un manotazo y comenzó a cantar una canción para distraerse.

Pero después de haberse calmado un poco y haber cantado un rato, Aiden reapareció. Colleen no podía olvidar la conversación que habían tenido hacía un rato. Después de aquella sesión en la que había sentido tanta ternura hacia él, no había podido evitar preguntarle sobre su vida profesional, sobre aquellas arrugas…

Pero él no había querido contárselo y aquello le había dolido. Ella le había contado todo sobre su infancia, ¿por qué no podía él hacer lo mismo?

Cambió de lado y se tapó la cara con las sábanas en un intento por apartar a Aiden Forbes de su cabeza. Estaba decidida a negarle la entrada a su corazón, una vez había estado a punto de abrirle las puertas.

Aquella vez la puerta permanecería bien cerrada.

Recogería a Maggie, a quien le darían el alta al día siguiente, y regresaría a Portland con ella y con Laura. Colleen escribiría el artículo y ella y Aiden no tendrían que volver a verse nunca más. Su vida volvería a la normalidad y todo habría concluido.

Cerró los ojos y esperó a que le entrara el sueño mientras se esforzaba en no pensar en aquel vacío que sentía en su interior cada vez que pensaba en pasarse el resto de su vida sola.

Pero no funcionó.

Había una parte de ella que deseaba abrirle las puertas de su corazón de par en par.

Menos mal que no había perdido su sentido común y sabía que nunca haría algo así.

Capítulo 7

COLLEEN se sentó frente al ordenador y miró distraída al techo. Debía estar escribiendo el artículo, *Crónicas de bebés*, pero no lograba concentrarse.

Habían pasado tres días desde que había regresado a Portland con Maggie. Su amiga se estaba recuperando bien de la operación y la madre de Maggie se había acercado a la ciudad para ayudarla con Laura.

A Aiden no lo había visto desde el fin de semana en Sun Mountain, pero no había sido capaz de olvidarse de él. Las imágenes del fin de semana se repetían en su cabeza una y otra vez. Colleen esperaba que aquellas imágenes desaparecieran pronto.

Estaba claro que había cometido un error al besarlo. Lo que le quedaba era ser lista, olvidar aquel error y continuar con su vida.

Menos mal que el artículo estaba casi terminado, lo cual la libraría de la única razón que quedaba para verlo. Cuando se despidieron él le había contado que iría a casa de sus padres a examinar las fotos para el artículo.

En aquellos momentos no había razón alguna para verlo, lo único que necesitaba Colleen era acostumbrarse a la vida sin Aiden, una vez más. Tenía que olvidarse de que en algún rincón oscuro e ingenuo de su corazón ella había deseado poder superar su incapacidad para amar y había deseado quererlo.

Pero aquello eran sólo fantasías. Colleen siguió trabajando para distraerse de aquellos pensamientos.

Cinco minutos después Joe se acercó a su despacho.

–Colleen, ven a mi despacho inmediatamente.

Ella se dirigió al despacho de su jefe. Joe había estado fuera toda la semana y Colleen estaba segura de que quería que le informara sobre el artículo, que se publicaría la semana siguiente.

Colleen se detuvo en la puerta de Joe.

–¿Me has llamado?

Él la miró muy serio.

–Sí. ¿Qué tal va el artículo?

–Estoy en ello, no te preocupes, estará listo a tiempo.

–No he hablado con Aiden, ¿estarán las fotos a tiempo?

Ella asintió.

–Creo que sí. Sé que tiene pensado ir a casa de sus padres este fin de semana y terminar los últimos detalles.

Joe la miró emocionado.

–¿Va a ver a su madre?

–Sí, supongo –le dijo bajando la mirada–. ¿Por qué lo preguntas?

Joe se levantó y comenzó a caminar nervioso.

–Cuando pidió este trabajo, me mandó unas fotos increíbles en blanco y negro de niños extranjeros.

–Ya me acuerdo –dijo Colleen.

–No estaba muy dispuesto a darme más fotos cuando se las pedí, pero las sigo queriendo. Creo que sería una buena idea mezclar aquellas fotos con las de Sun Mountain. Bebés en blanco y negro y bebés a color, creo que el artículo ganaría mucho.

–Suena muy bien, pero, ¿qué tiene esto que ver conmigo?

Él la señaló.

–Tú y Aiden os conocéis. Quiero que vayas a casa de sus padres con él y encuentres la forma de convencerlo para que incluya esas fotos o de convencer a su madre para que te las dé.

Colleen lo miró estupefacta. Una de las cosas que menos deseaba era pasar más tiempo con Aiden, lo que le faltaba.

–Joe, tiene que haber otra forma…

–No lo creo –le dijo mientras se ponía la chaqueta–. Vosotros dos sois amigos, ¿no? No deberías tener ningún problema para convencerlo, a él o a su madre, para que te den las fotos –se puso el abrigo y se anudó la corbata.

–¿Por qué no se las vuelves a pedir tú?

–Lo hice y no me hizo caso, así que es hora de pasar al plan B. A veces hay que luchar por las cosas de una forma diferente y original –le dio unas palmaditas en la espalda–. Tengo la sensación de que tú puedes convencerlo.

Colleen estaba segura de que Aiden no iba a hacer nada por ella.

–¿Cómo voy a decirle que me lleve a casa de sus padres?

Él se encogió de hombros mientras se dirigía a la puerta.

–Sois amigos y compañeros de trabajo. Estoy seguro de que

encontrarás la forma de hacerlo. Tengo que irme, llego tarde. No me falles, Colleen –salió del despacho y Colleen se quedó inmóvil como una estatua. La idea de estar cerca de Aiden una vez más le daba mucho miedo.

Regresó a su despacho muy preocupada. Sus planes de mantenerse alejada de Aiden estaban condenados al fracaso. Tendría que pasar otro fin de semana con él, lo que no era muy buena idea.

Pasar un fin de semana con él y con su entrañable familia iba ser una tortura para ella, tan sólo le recordaría a la familia que ella nunca tuvo. Hacía ocho años había logrado evitar conocer a la familia de Aiden por aquella misma razón.

Pero Joe se lo había pedido y no tenía más remedio que obedecerlo, ya que no quería perder su trabajo. Estaba claro que para Joe, que no sabía nada sobre Aiden y ella, era algo muy sencillo. Además la idea de las fotos era muy buena, quizá con aquella mezcla el artículo ganaría más y aquello podía ayudarla a impulsar su carrera.

Estaba claro que debía hacerlo, había buenas razones para ello. Pero, ¿cómo iba a inventarse algo creíble para ir con él? Sólo había una forma. La única forma de acercarse a Aiden era a través del artículo. Tendría que convencerlo de que necesitaba ayuda.

Colleen maldijo en voz baja. El destino no parecía querer dejarla tranquila, porque cuando pensaba haberse librado de Aiden aparecía una nueva razón para tener que estar con él.

Colleen deseó que todo fuera bien.

Aiden cantaba en el coche al ritmo de una ranchera.

Había salido de Portland dos horas más tarde de lo que tenía planeado y había llamado a Colleen para avisarla, pero ella ya estaba de camino. Habían decidido que ella llegaría antes, ya que los padres de él la esperaban. Probablemente ya hubiese llegado y Aiden estaba seguro de que sus padres se ocuparían bien de ella. Cualquier amigo suyo era bien tratado.

No terminaba de creerse que iba a pasar otro fin de semana con ella. No era ni lo que esperaba ni lo que quería. En el fondo sabía que estar cerca de ella no era una buena idea. Pero cuando Colleen

había llamado con tanta desesperación y le había pedido ayuda con el artículo, su ética periodística no le había permitido negarse. Él mismo quería que el artículo fuera lo mejor posible, y para conseguirlo estaba dispuesto a trabajar con Colleen si era necesario.

Tampoco había querido cancelar los planes con sus padres, sobre todo porque le había prometido a su padre que irían a pescar. No había razón alguna para pensar que él y Colleen no podían trabajar bien juntos. La última noche en Sun Mountain lo demostraba.

Tan sólo era un fin de semana en el que trabajarían para mejorar el artículo. No había nada más.

Aiden salió de la autopista y se dirigió a Salem, la capital de Oregon.

Era una tarde de verano preciosa y las vistas eran muy bonitas. Siempre se había sentido muy bien cuando iba a casa, especialmente después de vivir en el extranjero. Era afortunado, afortunado de vivir en un lugar tan bonito y tranquilo, tan lejano a los lugares de guerra.

Aceleró un poco. Estaba deseando llegar a Oak Valley y, cuando llegó, sonrió satisfecho. Era un pequeño pueblo cuyo aspecto estaba muy cuidado y mantenía un aspecto antiguo encantador.

Cuando atravesó el pueblo se fijó en la consulta médica de su padre, que estaba en mitad de la calle principal. En el letrero, y justo encima de las palabras Brady Forbes, M.D., había una placa que decía «el señor compromiso».

Aiden sonrió. Los habitantes del pueblo lo habían empezado a llamar así al descubrir que el doctor Forbes era tan bueno pasando consulta como aconsejándolos acerca de su vida sentimental. Desde entonces ambas formas de ayudar a la gente habían tenido mucho éxito, aunque el doctor decía que él aconsejaba a la gente gratis.

El padre de Aiden siempre tenía las tardes del viernes libre. Probablemente estaría en el porche de la casa tomándose un limonada, como siempre solía hacer los días de verano. Siempre que hubiese cumplido con las tareas que su madre le dejaba escritas en una lista.

Aiden atravesó la calle principal y un rato después llegó a la casa victoriana de sus padres. La casa tenía un jardín delantero que la separaba de la carretera. La madre de Aiden era una aficionada a la jardinería así que siempre solía estar precioso y muy cuidado.

Aiden vio una cuerda con un neumático colgado de uno de los robles y recordó las largas horas de juego que había pasado allí durante su infancia.

De repente se preguntó si alguna vez volvería a vivir aquellos momentos sin responsabilidades y llenos de felicidad. Sintió tristeza y deseó que aquellos momentos volvieran y pudiera olvidarse de las pesadillas que había vivido después.

Aiden apartó aquellas ideas de su cabeza y se fijó en la casa.

Era una casa de dos pisos pintada de color azul y con un enorme porche en el piso de abajo. En el porche había una mesa grande que en aquel momento estaba llena de gente.

Aiden vio el pequeño deportivo rojo de Colleen aparcado a un lado. Miró la mesa del porche y distinguió la melena rubia y rizada de ella. De repente sintió una inmensa alegría y se maldijo. Era una alegría desmesurada, y más aún considerando que sólo se trataba de un fin de semana de trabajo.

Allí estaban también su padre, su madre, su hermano pequeño Connor y su hermana Jenny, algo que lo sorprendió, ya que le había dicho que iba a pasar el fin de semana en la playa. No estaban ni Kelly, la más pequeña de todos, que estaba terminando su último año de carrera en la Universidad de Oregon, ni Bryan, el segundo más pequeño, que vivía una alocada vida de soltero en California.

Aiden salió del coche y se dirigió al porche. Todos se habían girado y lo estaban mirando.

Su padre se levantó. Llevaba la vieja gorra roja que siempre se ponía cuando trabajaba en el jardín.

–El alegre viajero regresa.

Aiden miró a su padre y le sonrió. Después se acercó a él y lo abrazó. Le encantaba poder ver a sus padres a menudo, y daba gracias al cielo por haber vuelto antes de que ambos hubiesen envejecido. Aiden tenía pensado ir a visitarlos con frecuencia en cuanto terminara de instalarse.

Le dio la mano a su hermano.

–Hola, Connor, ¿qué tal? ¿Los de urgencias te han dado algo de tiempo libre?

Connor asintió.

–En realidad he dejado el trabajo en urgencias. Vuelvo a Oak Valley.

Aiden lo miró intentando ocultar su sorpresa. Connor siempre parecía haber disfrutado mucho de su trabajo en el servicio de urgencias de Seattle, era una persona a la que le gustaba trabajar mucho.

–Como no voy a tardar en retirarme, Connor vuelve a casa para encargarse de mi consulta –intervino su padre.

Connor se puso muy serio y se tocó el pelo, aunque no dijo nada.

Estaba claro que su padre y Connor seguían teniendo problemas. Aiden miró a su hermano.

–Si quieres que hablemos ya sabes dónde encontrarme.

–De acuerdo –Connor era un hombre de pocas palabras. Las relaciones no se le daban muy bien.

Aiden se acercó a las mujeres de la familia y notó la preocupación en la mirada de Colleen. Besó a su madre, que estaba tan joven como siempre a pesar de las canas.

Sonrió a Jenny, la única rubia de los Forbes, y después la besó a ella también. El marido de Jenny había muerto en un accidente de tráfico hacía un año. Ella estaba embarazada de su primer hijo cuando sucedió, y le costó mucho superarlo. Era bonito volver a ver aquel brillo en sus ojos verdes, tan parecidos a los suyos.

–Pensé que te ibas a la playa.

Jenny asintió.

–Iba a hacerlo, pero Martha se puso mala y lo cancelamos.

Él asintió y se dio cuenta de que la hija de Jenny, que normalmente estaba haciendo trastadas, no estaba por allí.

–¿Dónde esta mi sobrinita favorita?

–Está durmiendo dentro.

Aiden asintió y miró a Colleen. Llevaba una camiseta y unos vaqueros y estaba preciosa.

–Hola –le dijo mientras se acercaba a ella. Se dio cuenta de que tenía un cachorro negro sobre las rodillas–. Veo que estás ocupada con uno de los bebés de Molly –la perra de sus padres había tenido una camada y el que tenía Colleen era el último que quedaba.

Se apoyó en la barandilla del porche e intentó no mostrar la enorme felicidad que había sentido al verla.

–Supongo que ya conocerás a todo el mundo –volvió a hablar él.

Ella sonrió con torpeza y se levantó mientras agarraba con fuerza al cachorro.

–Sí, todo el mundo ha sido muy amable –se acercó a él mordiéndose el labio–. Eh… ¿Podemos hablar?

–Por supuesto que podemos hablar –dijo él mientras se preguntaba por qué Colleen parecía estar tan incómoda. Todos se quedaron mirando a Aiden y luego comenzaron a hablar al mismo tiempo.

Su madre se levantó y señaló la casa.

–Tengo que ir a comprobar el asado.

–Yo te ayudaré –murmuró su padre mientras la seguía dentro.

–Yo iré a … ayudar a mamá –dijo Jenny.

Connor, sin embargo, permaneció en el porche como si no le importara o no se hubiera dado cuenta de que Colleen quería hablar en privado con su hermano.

Aiden le hizo una seña con la cabeza.

–Vete, hermano.

Connor era un hombre muy inteligente, pero bastante despistado a veces, y después de mirar a su hermano unos segundos sin entender nada, se fue.

–¿Qué pasa? –le preguntó él mientras acariciaba al cachorro.

Colleen tosió un poco.

–Sólo quería aclarar un par de cosas.

–De acuerdo –dijo él mientras se cruzaba de brazos y se preguntaba qué querría decirle.

–Sólo quería asegurarme de que sabes que este es un fin de semana exclusivamente de trabajo –le dijo ella. A Aiden lo sorprendió que ella pensara exactamente igual que él. ¿Acaso habían estado pensando lo mismo de camino allí?

Aiden se quedó mirando aquellos brillantes ojos azules y se preguntó si ella se sentiría tan atraída por él como él por ella. Más aún si tenía que recordarle algo que era tan evidente. Claro que probablemente ella pudiera controlar aquella atracción, como él también podía.

–Lo sé, ¿por qué me lo dices?

Ella sonrió a medias.

–En Sun Mountain nos besamos, sólo quería asegurarme de que no pensaras que quería que aquello se repitiera… Eso es todo.

La idea de que se repitiera encendió su cuerpo de una forma que tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Lo único en lo que

debía pensar era que no debía estar con ella y que debía alegrarse de que ella pensara lo mismo.

–Yo pienso lo mismo, lo último que quiero es revivir lo nuestro.

Ella frunció el ceño.

–¿Por qué no me dices lo que sientes de verdad?

Él se quedó mirándola, intentando entender a qué se refería.

–Lamento si mis palabras han sido duras, pero ambos sabemos que necesitamos mantener las distancias.

Colleen asintió y deseó que él no le resultara tan atractivo, deseó no sentir aquellas ganas de abrazarlo con fuerza…

Controló aquel impulso y se recordó a sí misma por qué estaba en aquella casa y con él.

Cuando estaba sentada con la maravillosa familia de Aiden en el porche y lo vio llegar, deseó por un instante no estar allí por asuntos de trabajo y que él se acercara y le diera un beso. Era en aquellos momentos en los que Colleen se dejaba llevar por la imaginación.

Gracias al cielo había logrado apartar aquellas ideas de su cabeza y había recordado la verdadera razón que le había llevado a aquella casa. Pensó que si se repetía a sí misma muchas veces la verdadera razón, lograría apartar aquella absurda idea de volver con Aiden de su cabeza.

Colleen se apartó de él.

–No, tienes razón, el beso estuvo muy bien…

–¿Tú también lo piensas? –dijo él con una voz con la que a Colleen le entraron ganas de volver a besarlo.

–Pero fue un error –dijo ella reiterando lo que ambos sabían una vez más–. No quiero ponerme en una situación… –se detuvo a tiempo. No quería contarle lo difícil que era para ella estar rodeada de una familia tan amable y tan acogedora después de la infancia que había vivido.

–¿Ponerte en qué situación? –le preguntó él mientras le tocaba el brazo.

Sentir su mano hacía que todo su cuerpo se calentara de una forma que amaba y odiaba. Necesitaba mantenerse fría y distante cuando estaba cerca de él y sentir su piel hacía aquello imposible. Lo único en lo que podía pensar era en estar cerca de él.

Colleen se preguntó qué estaba haciendo. No podía permitir que

Aiden la afectara tanto. Levantó la cara y sonrió.

–En ninguna. Son tonterías. Lo único que importa es que recordemos que estoy aquí por asuntos de trabajo. Nos dejamos llevar como tontos y terminamos besándonos, pero no podemos permitir que vuelva a suceder. Sólo quería asegurarme de que supieras eso –ella lo miró esperando una respuesta y Aiden se limitó a mirarla muy serio y a asentir–. Bien, le dije a tu madre que la ayudaría con la cena, así que iré dentro.

Colleen entró en la casa muy enfadada consigo misma.

Había sido una advertencia estúpida. Tan sólo había estado allí una hora y había estado a punto de confesarle lo que estar cerca de su familia le hacía sentir y de arrojarse a sus brazos. Estaba permitiéndose desear cosas que nunca podría tener. Estaba allí por cuestiones de trabajo. Punto.

No volvería a caer, no volvería a permitir que nadie se acercara a su corazón.

Cuando Colleen entró en la casa, Aiden decidió dar un paseo para aclarar sus ideas y aquella profunda decepción que había sentido cuando ella había aclarado lo único que ambos podían esperar de la relación.

Se quedó mirando el nuevo rosal de su madre intentando distraerse, intentando olvidarse de lo mucho que aquellos comentarios lo habían afectado. En realidad si él tuviera sentido común aquello no debía afectarlo, debía alegrarlo. No quería volver con ella después del infierno que le había hecho vivir hacía ocho años.

Regresó a la casa intentando olvidarse de ella, aunque no lo consiguió.

Se frotó la cara con las manos y, sacudiendo la cabeza, se dijo que aquello tenía que terminar.

Entró en la casa y Molly y su cachorro corrieron a recibirlo. Después se encontró con Connor, que salía del despacho de su padre con el ceño fruncido. Aiden se preocupó, ya que pocas veces veía a su hermano con aquella cara, y lo invitó a salir a hablar al porche. De aquella forma quizá lograra olvidarse de Colleen.

Después de un rato hablando, Connor le dijo que él y su padre

tenían un pequeño desacuerdo. Aiden supuso que se trataba del tema de no sólo asumir la consulta sino también la labor de consejero que tenía su padre en el pueblo. Aiden le dio su opinión. En realidad él estaba de acuerdo con su hermano en la negativa de aceptar aquella labor. Connor era un buen médico, pero no sabía nada sobre relaciones y nunca sería un buen consejero.

–La cena está lista –dijo Jenny asomándose al porche.

Aiden le dio unas palmaditas a su hermano y ambos entraron en la casa.

Se lavaron las manos y se sentaron en su lugar habitual.

De repente apareció Colleen con uno de los floridos delantales de su madre. Llevaba la ternera asada y tenía el pelo recogido y las mejillas sonrojadas.

Estaba muy hermosa.

Aiden la admiró profundamente. Parecía muy cómoda y a gusto, como si estuviera entre su propia familia.

¿Era aquello un sueño? ¿O sería ella realmente capaz de tener una familia así a pesar de su pasado?

Aiden se recordó a sí mismo que no debía pensar en aquello.

–Parece que mi madre te ha hecho trabajar de verdad.

Ella frunció un poco el ceño.

–Tu madre no se encuentra muy bien…

–¿Qué quieres decir? –le preguntó preocupado.

Jenny entró en el comedor con su hija en brazos.

–Migraña.

Aiden suspiró y asintió, después saludó con la mano a su sobrina, que no tardó en esconder la cabeza en la camisa de su madre. Durante los últimos años su madre solía padecer migrañas que no le permitían hacer nada a no ser que durmiera un poco durante unas horas.

Jenny llevó la salsa y después colocó la silla alta de Ava.

–Mamá se ha ido a la cama y como yo no sé cocinar muy bien Colleen se he ocupado de terminar la cena. Es una buena cocinera.

Aiden se fijó en la enorme mesa llena de comida y la miró estupefacto.

–¿Tú preparaste todo esto?

Ella se encogió de hombros.

–En realidad no, tu madre ya lo tenía todo preparado, sólo

quedaba terminar un par de cosas.

Jenny negó con la cabeza y miró a su hermano.

–No es verdad, se ha portado como una profesional.

Aiden la miró orgulloso. Colleen siempre estaba allí cuando se la necesitaba, y se había vuelto parte de su familia en poco tiempo. Aquello lo enterneció. Aquella mujer era especial.

Colleen se sentó en la mesa y se rió con ganas de algo que había hecho Ava. Él la sonrió, pero ella se limitó a mirarlo como si le estuviera recordando la conversación que habían tenido en el porche. Después siguió hablando con Jenny.

Aiden se dio por enterado, pero un poco después se sintió mal.

Era extraño. Debería alegrarse de que ella se estuviera distanciando de él, aquello disminuía la posible amenaza. Pero no estaba contento, aquella mirada le había hecho sentirse vacío, solo, incompleto.

Precisamente lo que no estaba buscando.

Capítulo 8

MÁS TARDE Colleen ayudó a Jenny a acostar a Ava. Después jugaron a las cartas un rato y más tarde las dos mujeres se dispusieron a recoger los platos de postre mientras hablaban sobre el vocabulario de Ava.

Después Colleen le dio las buenas noches a todo el mundo, intentando evitar la penetrante mirada de Aiden, que la siguió hasta que salió de la habitación. Se dirigió al segundo piso y, mientras lo hacía, se felicitó por haber logrado mantenerse a una buena distancia de Aiden.

Entró en la habitación de invitados, que era acogedora y cómoda. Siempre había soñado con tener una habitación como aquella cuando era pequeña. No le costaba sentirse como en casa en aquel lugar, y aquello la sorprendía mucho.

Se puso el pijama, se lavó los dientes y se metió en la cama. Pero no podía dormir, la tranquilidad de la noche hacía que su promesa de olvidarse de Aiden fuera cada vez más difícil. No podía dejar de pensar en aquel beso de Sun Mountain y lo mucho que deseaba volver a dárselo. Y no tardó en pensar que quizá lograra superar su defecto y pudieran estar juntos para siempre.

Se sentó en la cama. Aquel pensamiento hizo que fuera incapaz de dormirse. Se levantó de la cama. Necesitaba volver convencerse de que ella no podía amar a Aiden.

Se puso una bata y bajó lentamente hacia el porche. Abrió la puerta de la casa y vio a Aiden apoyado en la barandilla contemplando el vacío.

Su pulso se aceleró a pesar de que era la última persona que deseaba ver.

Se mordió el labio y se giró sigilosamente pero antes de que pudiera cerrar la puerta Aiden la vio.

–Colleen –le dijo con una sonrisa–. No te vayas.

Aquellas palabras la hicieron muy feliz, y Colleen se odió por ello.

Probablemente sólo quería hablarle del artículo.

Ella suspiró en un intento por calmarse mientras se acercaba a él. Se dijo a sí misma una y otra vez que podía enfrentarse con él, que era capaz de estar a su lado por el bien del artículo.

–Es preciso que hablemos –le dijo mientras se acercaba a ella.

Ella se puso junto a Aiden con los brazos cruzados y evitando su mirada.

–¿Sobre qué quieres que hablemos? –logró preguntarle.

–Hace un rato me dijiste que no querías ponerte en una situación –se quedó mirándola–. ¿A qué te referías?

Ella se mordió el labio y deseó que él pudiera olvidar el tema y la dejara en paz. No quería hablar sobre lo difícil que era estar cerca de una familia tan perfecta como la de él, ya que no podía dejar de pensar en lo imperfecta que era la suya.

No pudo evitarlo y lo miró. Parecía muy preocupado.

Quizá se mereciera una respuesta, quizá le debía una respuesta por su ayuda en Sun Mountain, por el tiempo que habían estado juntos.

Tomó aire.

–Quise decir que no quería verme en esta situación, en medio de tu familia perfecta.

Él se quedó perplejo. Era razonable. Para él, su familia no era perfecta, era normal, corriente. Sólo a una persona como ella, con la familia que tenía, le parecía perfecta.

–Así que… ¿Te afecta estar aquí?

Ella se movió incómoda.

Él se sentó en una silla al lado de ella.

–¿Por qué? –le preguntó Aiden con suavidad–. Todos se han portado bien contigo, ¿no es así?

Colleen sintió cómo los ojos se le humedecían y se horrorizó. La familia de él la había recibido con los brazos abiertos y la habían tratado como a una más.

–Por supuesto, y ese es el problema.

Él frunció el ceño.

–¿Cómo puede ser ese el problema?

Él no iba a dejarla tranquila hasta que no se sincerara del todo, y Colleen deseaba acabar con aquello cuanto antes.

–Porque así me cuesta más que no me importe.

Él se reclinó en la silla mientras negaba con la cabeza.

–Y no quieres que te importe porque… –él parecía esperar que ella terminara la frase, pero antes de que Colleen pudiera hacerlo Aiden se acercó y siguió hablando–. Por tus padres. Ellos no te querían… ¿Así que no quieres querer a nadie más?

Ella se limitó a asentir, había acertado en casi todo y se lo agradeció. Se había equivocado en lo que se refería a que no quería amar a nadie más. Iba más allá, era incapaz de amar a nadie, tenía un defecto que le imposibilitaba hacerlo. Era difícil reconocer que no sabía cómo comportarse en una familia o ante la perspectiva de tener que amar a alguien.

Si la gente le empezaba a importar, perderlos le haría mucho daño. Había querido mucho a sus padres y ellos la habían abandonado, nada podía ser mucho más doloroso.

Aiden se levantó y comenzó a caminar.

–A ver si te entiendo. Tienes miedo de que mi familia te guste, te importe –la miró fijamente–. ¿Te he entendido bien?

–Sí, eso lo resume todo.

La miró de nuevo y luego le sonrió.

–Cariño, ¿te das cuenta de lo absurdo que es todo eso?

Ella se enfadó, aunque le había gustado que la llamara cariño.

–No lo es.

Él volvió a sentarse.

–Sí que lo es, estás usando tu desgraciada infancia como excusa para no querer a nadie más.

Aiden había ido demasiado lejos.

–Mira quién habla –le dijo ella mientras se levantaba–. Se te nota en la cara que hay algo que te ha afectado mucho, pero no quieres hablar sobre ello, ni siquiera lo reconoces. Tú estás huyendo de algo igual que yo, pero yo por lo menos lo reconozco.

Él se quedó mirándola, una mirada fría que demostraba que seguía esforzándose por ocultar sus demonios.

–No sabes de qué estás hablando.

–Por supuesto que lo sé –se levantó y se dirigió a la barandilla. Después se quedó mirando el jardín–. Créeme, yo lo sé todo sobre huidas –había huido de él hacía ocho años. Era experta en dejar las cosas atrás.

Él permaneció en silencio durante un momento.

–Quizá lo seas, pero hoy no huiste. Ayudaste y colaboraste como si fueras parte de esta familia.

–No fue para tanto.

–Lo es para ti, lo es teniendo en cuenta lo doloroso que te resulta estar dentro de una familia normal.

Ella pensó en ello, pero no lo creyó. No sabía formar parte de una familia, como tampoco sabía tener una relación, y no había sido capaz de retener a sus padres.

–Hice la cena, eso es todo. Para eso no hace falta saber mucho.

Él le tomó la mano, lo que le provocó escalofríos por todo el cuerpo.

–Estás ciega –le dijo él con una sonrisa–. Se te dan bien las cosa de familia, mucho mejor de lo que piensas.

Ella lo miró fijamente. Amaba aquella forma que tenía de acariciarla con la mirada, aquella sonrisa tan dedicada a ella. Deseaba poder creerlo, pero había algo en su interior que no se lo permitía, y aquello la llenaba de tristeza.

Colleen se soltó, necesitaba mantener la distancia, necesitaba alejarse de aquel hombre tan atractivo que suponía una amenaza para ella.

–No, no estoy ciega –él abrió la boca para decir algo, pero ella lo detuvo–. No digas nada más. Nada importa ya, Aiden, porque después de este fin de semana tú y yo no volveremos a vernos nunca más.

Él la miró con dureza.

–Estoy de acuerdo contigo, pero tengo curiosidad por saber, ¿por qué no?

Era importante dejar aquel asunto claro, no podía haber confusión alguna acerca de lo que tenía que pasar, de lo que tenía que hacer para mantenerse a salvo.

–Porque no puede ser. Tal vez sepa estar con tu familia, pero sigo sin saber amar, como no sabía hace ocho años.

Él la miró fijamente y se puso serio.

–¿De verdad crees eso, no es así?

Lo único que pudo hacer Colleen fue asentir.

Él se dirigió a la barandilla con torpeza dándole la espalda. Se metió las manos en los bolsillos.

–Bueno, entonces tienes razón, no puede ser. Nunca debimos

estar juntos.

Ella se quedó mirando la espalda de Aiden. Estaba decepcionada, triste.

Y aquello se debía a que, aunque creía en lo que había dicho profundamente, le horrorizaba darse cuenta de que, en lo más hondo de su interior, deseaba que él hiciera que aquella terrible verdad desapareciera.

Que él la quisiera tanto como para lograr convencerla de que estaba equivocada.

Pero no era verdad.

¿Por qué se hacía tanto daño a sí misma? ¿Cómo podía seguir creyendo que en algún momento mágico ella dejaría de tener aquel defecto y sería capaz de amar?

Colleen se giró y se dirigió al interior de la casa en silencio y con el corazón destrozado. Aiden se quedó solo en el porche.

Y los sueños de Colleen se disiparon en el aire de la noche, como debía ser.

A la mañana siguiente a Colleen la despertó el olor a café y a dulces. No había dormido casi nada y tenía mucha hambre.

Se duchó y se vistió rápidamente y bajó a la cocina. Los hombres se habían ido antes del amanecer para ir a pescar. Le esperaba una mañana tranquila sin Aiden cerca, quizá podría trabajar un poco en el artículo.

El perro y el cachorro la saludaron afectuosamente y ella jugueteó un rato con ellos.

Después se levantó al darse cuenta de que la madre y la hermana de Aiden estaban sentadas a la mesa de la cocina. En la mesa había café caliente, dulces recién hechos y un montón de fotos en blanco y negro. ¿Serían las fotos que decía Joe?

Ambas mujeres la miraron y sonrieron.

–Buenos días –le dijo Jenny mientras se apartaba un mechón de pelo de la cara–. Sírvete el café, toma un poco de pastel y siéntate con nosotras antes de que Ava se despierte y la paz y tranquilidad desaparezcan.

A Colleen le maravillaba lo acogedoras que eran aquellas mujeres.

–Buenos días, los pasteles huelen muy bien.

–Es una receta secreta de mamá. Si le caes bien quizá te la dé.

La señora Forbes sonrió.

–Me encantaría darte la receta. Me han dicho que eres muy buena cocinera.

A Colleen la enorgulleció mucho que alguien como la madre de Aiden le dijera algo así.

–Lo dejó casi todo preparado. Yo sólo terminé el trabajo –se sirvió una taza de café–. ¿Se encuentra mejor, señora Forbes?

–Sí, querida, estoy mejor. Y por favor, llámame Sheila.

Colleen se sentó con las dos mujeres. Si aquellas eran las fotos que Joe quería, quizá era el momento de hablarlo con Sheila.

–¿Son fotos?

Sheila asintió.

–Las hizo Aiden cuando estaba en el extranjero.

Colleen miró la treintena de fotos esparcidas sobre la mesa.

–Oh, Dios mío.

Las fotos eran maravillosas, pero mostraban un mundo horrible. Eran niños semidesnudos, desnutridos, tristes en lugares derruidos y desoladores.

Colleen había perdido el apetito.

–Son sobrecogedoras –dijo Colleen cuando terminó de mirarlas.

–Sí, lo son –respondió Sheila mientras miraba con tristeza una de las fotos–. No entiendo cómo Aiden pudo estar tanto tiempo haciendo fotos en estos lugares. Está claro que veía cosas como esta todos los días.

De repente Colleen entendió algo. Después de ver aquellas imágenes sabía por qué Aiden tenía aquella sombra en la mirada, aquellas arrugas.

Había estado viviendo un infierno.

Apartó el pastel. Era curioso. Nunca se lo había imaginado como fotógrafo de guerra. Siempre había pensado en él como un fotógrafo de la gente rica y famosa.

Se había confundido tanto con él…

Él había visto cómo los niños perdían la inocencia y la ropa y sus miradas se llenaban de tristeza.

Debió de haber sido horrible. Era de entender que quisiera fotografiar a niños sanos y alegres al regresar a su hogar.

Y también Colleen reconoció, una vez vistas las fotos, que Joe tenía razón. Aquellas fotos eran muy buenas y le darían un mayor peso al artículo.

–¿Aiden te ha dado las fotos a ti?

Sheila asintió y agarró el sobre donde estaba escrito «mamá».

–Un día después de que volviera me dio el sobre y me pidió que me deshiciera de ellas. Creo que no quería volver a verlas nunca –frunció el ceño mientras miraba una de las fotos–. Pero yo creo que debería verlas.

–¿Por qué? –le preguntó Colleen con curiosidad. Aquello podía ayudarla a convencerla para publicarlas.

Sheila agarró la taza de café con fuerza y sonrió con tristeza.

–Porque quiere olvidar lo que vio, enterrarlo y seguir con su vida. Yo creo que eso es un error. Pero así es él, siempre hacia adelante y sin mirar atrás.

Colleen estaba de acuerdo con ella, pensaba que Aiden quería olvidar aquello y no tratar de superarlo.

Colleen miró a Sheila.

–¿Qué te parecería publicar las fotos en el artículo mezcladas con los bebés sanos y felices a los que Aiden fotografió en Sun Mountain? –miró a ambas mujeres mientras bebía un poco de café–. Haría que el artículo diera qué pensar y tal vez ayude a lanzar la carrera de Aiden, que sé que es muy importante para él.

–Y tal vez lo ayude a superar lo que vivió allí en lugar de querer olvidarlo –dijo Sheila pensativa–. Es un poco extraño, pero seguro que es efectivo.

–¿Así que crees que es una buena idea?

–Creo que sí.

–¿Tengo tu permiso para publicarlas?

–Lo tienes.

Colleen se giró hacia Jenny.

–¿Y tú qué piensas?

Jenny bebió un poco de café y sonrió.

–Creo que es muy buena idea, pero prepárate para una gran tormenta cuando Aiden se entere. Es muy testarudo y no quiere enfrentarse a esas fotos aunque deba hacerlo.

Colleen sonrió, aunque el comentario de Jenny la desanimó. Probablemente tuviera razón, cuando Aiden descubriera que había

sido ella iba a ponerse muy furioso.

Pero no podía pensar en aquello. Estaba convencida de que Aiden necesitaba ver aquellas fotos para superar sus problemas, y además Joe las quería. Decidió llamarlo enseguida.

Joe se puso muy contento y le pidió que se las llevara enseguida para prepararlo todo.

Colleen les contó a Sheila y a Jenny que tenía que marcharse y logró convencerlas para que no le dijeran a Aiden por qué se había ido. Se inventaron una excusa, aunque probablemente Aiden sabría que no era cierto en cuanto las fotos se publicaran. Se despidió de las dos mujeres y se fue. Una sensación extraña la invadió al partir, una especie de tristeza. ¿A qué se debía? ¿Por qué le entristecía marcharse cuando debía estar contenta de alejarse de un ambiente tan… familiar?

Pero cuando estaba de camino a Portland un sentimiento de traición la invadió y tuvo que regresar. No podía ignorarlo, no podía traicionar a Aiden de aquella manera.

Regresó a Oak Valley muy nerviosa y sabiendo que su elección podía hacerle perder el trabajo. Lo único que la reconfortaba era pensar que por lo menos podría ganarse el respeto de Aiden.

Sheila lo entendió todo enseguida.

–Colleen –le dijo mientras la agarraba del brazo–. No te preocupes.

Ella la miró nerviosa.

–Lo intentaré, pero mi editor quiere las fotos y a mí me gustaría dárselas, pero no puedo traicionar a Aiden de esa forma. Jenny tiene razón, se pondrá furioso conmigo.

Sheila le sonrió.

–Tal vez sea cierto que publicarlas le hará bien a largo plazo. Yo me encargaré de que tu editor tenga las fotos enseguida, y tú no tienes por qué participar en esto.

Colleen miró a Sheila sorprendida.

–¿Estás dispuesta a hacer algo así?

–Por supuesto. Se enfadará, pero lo superará.

Colleen miró a Jenny y preguntó:

–¿Venís tú y Ava a Portland conmigo?

Colleen deseó no haberse involucrado en aquello nunca y, aunque Sheila sería la que le daría las fotos al editor, ella se sentía

responsable, porque había ido hasta allí fingiendo necesitar ayuda para el artículo aunque fue Joe el que se lo pidió. En aquellos momentos deseó haberse quedado callada, aunque aquello pudiera haber puesto su trabajo en peligro.

Sheila la invitó a quedarse el resto del fin de semana, pero Colleen se negó. La culpa no la dejaba vivir, necesitaba estar sola y la relación entre Aiden y ella no iba bien. Lo único que quería era regresar a casa y terminar el artículo lejos de Aiden.

Mientras conducía hacia casa pensó en algo. Tal vez se hubiera librado de su presencia, pero teniendo en cuenta que había colaborado en la adquisición de las fotos, tal vez perdiera su respeto.

A la mañana siguiente, cuando Aiden se despertó, aún seguía decepcionado por la repentina partida de Colleen. Se había pasado toda la mañana de pesca pensando en ella, y no podía dejar de recordar aquella sonrisa durante la cena de la noche anterior.

Había descubierto a una Colleen diferente, una Colleen nueva a la que admirada sinceramente. Era una nueva faceta de ella que quería explorar.

Se sentó en la cama y negó con la cabeza. La idea era de locos. La relación entre ambos había fracasado hacía ocho años, y no quería volver a vivir aquel dolor. Además, Colleen era un reto al que no quería enfrentarse.

Pero tenía que reconocer que había cambiado lo suficiente como para poder pasar unos días con su familia de Oak Valley, algo que él sabía que ella nunca podría haber hecho antes.

Mientras se vestía pensó que Colleen se había abierto mucho durante su estancia en aquella casa, se había convertido en la mujer que podría conquistarlo de nuevo.

Y aquello lo asustaba mucho.

Era la dura realidad. Aiden apartó aquellos pensamientos de su cabeza y terminó de vestirse. Aquel día se publicaba el artículo *Crónicas de bebés,* y como sus padres no estaban suscritos al periódico, pensaba ir al pueblo a comprarlo. Estaba deseando ver aquellas fotos de niños felices y sanos.

Se dirigió a la cocina y pudo oler el delicioso aroma a café, a

salchichas y tostadas, el desayuno habitual de los domingos.

Su madre y su padre estaban sentados en la mesa de la cocina tomando café.

–Hola –dijo Aiden–. Voy al pueblo a comprar… –de repente vio el periódico sobre la mesa–. ¿Es el *Beacon*?

Su madre, que aún llevaba el camisón, lo miró y sonrió.

–Sí, tu padre te lo compró. Se despertó antes del amanecer.

Aiden entró en la cocina y notó que su padre evitaba mirarlo.

–Gracias –se frotó las manos ilusionado–. Bueno, ¿y qué os ha parecido?

Su madre lo miró fijamente.

–Es maravilloso –se giró hacia su marido–. ¿Tu qué piensas, Brady?

–Buen trabajo –dijo mientras devoraba una tostada. Tenía una mirada extraña.

Aiden frunció el ceño. Algo no iba bien. Su padre siempre solía tener mucho que decir, no era normal que fuera tan escueto.

De repente tuvo una sensación extraña y se fijó en el periódico. Cuando lo vio se quedó estupefacto.

En lugar de los niños sanos y felices las imágenes de sus pesadillas aparecieron de repente.

Niños hambrientos, con miradas frías, desesperados y sin esperanza.

Los recuerdos más terribles aparecieron de nuevo, destrozándolo, abriendo viejas heridas.

Muerte.

Pobreza.

Niños muriendo.

¡Y él no pudo hacer nada para evitarlo!

Un sentimiento horrible volvió a él. Era una mezcla de culpa, de desesperación, algo que había sentido cada uno de los días que había estado fuera.

Cerró los ojos e intentó controlar aquellos recuerdos, intentó hacerlos desaparecer. Momentos después logró abrir los ojos y siguió mirando el artículo. Las fotos de los niños de Sun Mountain también estaban allí.

Pero las otras fotos…

«No, no, no… », se repitió Aiden una y otra vez.

Cerró el periódico y ni siquiera se molestó en leer el artículo que Colleen había escrito. Estaba demasiado enfadado, se sentía demasiado traicionado. En lugar de leerlo dejó el periódico sobre la mesa y miró a su madre muy serio.

–Yo te di esas fotos a ti, ¿cómo han llegado hasta el periódico?

Ella lo miró fijamente.

–Se las di a tu editor.

–¿Que hiciste qué? –le gritó casi perplejo–. ¿Por qué?

–Porque pensé que había que publicarlas. Pensé que te haría bien enfrentarte a tus horribles recuerdos en lugar de pretender olvidarlos.

Aiden maldijo en voz baja. Aquello era típico de su madre, era una de las mujeres más emocionalmente estables que conocía. Y no era difícil entender por qué lo había hecho, aunque su intromisión lo enfurecía.

–No tenías derecho a publicar esas fotos.

–Tenía todo el derecho del mundo. Tú me diste esas fotos. Yo lo hago todo por tu bien y debes afrontar esas fotos. No puedes esconderte de ellas, y lo sabes.

A Aiden le costaba mucho que su madre fuera tan razonable. Él estaba intentando superar aquellas vivencias lo mejor que podía. Miró a su padre.

–¿Papá? –le dijo buscando su apoyo.

Su padre lo miró muy serio.

–Tu madre tiene razón, estás huyendo de lo que te asusta en lugar de superarlo.

Aiden se quedó callado. Sus padres estaban equivocados. Sabía que lo querían, pero odiaba que lo obligaran a enfrentarse a algo a lo que no quería enfrentarse.

–¿Te llamó mi editor y te las pidió? –le preguntó Aiden.

–No exactamente… –contestó ella.

Aiden se quedó mirándola intranquilo.

–Bueno, ¿y cómo las consiguió?

Su madre hizo el gesto de abrir la boca, pero permaneció en silencio.

Antes de que Aiden pudiera hablar intervino su padre.

–Vamos, Sheila, esto es ridículo. Cuéntaselo.

Ella se acercó a su marido.

–Pero le prometí que no diría nada…

–¿Se lo prometiste a quién? –antes de que nadie le respondiera Aiden lo entendió todo.

Tenía que tratarse de Colleen.

Colleen había ido hasta allí para conseguir las fotos.

De repente se puso rojo de furia. Colleen le había dicho que necesitaba ayuda con el artículo, pero lo que pretendía era entrometerse en su vida. Sus padres tan sólo habían accedido a llevar a cabo algo que ella tenía planeado.

Aiden la maldijo. Él necesitaba, quería olvidar los horrores que había vivido en el pasado, y ella había hecho que aquella pesadilla regresara al convencer a su madre para publicar las fotos.

–Tengo que irme.

Oyó cómo sus padres lo llamaban, pero él no prestó atención y ellos lo dejaron partir. Tomó las llaves del coche y salió de la casa.

Mientras conducía la furia iba aumentando en su interior y dos preguntas se repetían una y otra vez.

¿Cuándo iba Colleen a dejar de hacerle daño?

¿Cuándo iba él a dejar de permitirle estar cerca para que no pudiera hacerle daño?

Pisó el acelerador.

El dolor dejaría de existir en aquel preciso momento.

Dejaría de existir para siempre.

Capítulo 9

COLLEEN dejó un montón de carpetas sobre la mesa. Su oficina estaba más desordenada de lo habitual y estaba harta de aquello, así que había decidido ir el domingo para poner un poco de orden, primero en su despacho, después en su vida.

Por lo menos era un comienzo.

Sonreía a pesar de que ella y Aiden habían terminado mal. Pero el artículo había quedado muy bien. Las nuevas fotos le habían dado lo que le faltaba, una dimensión tierna y profunda.

Joe parecía estar de acuerdo con ella. La había llamado la noche anterior, entusiasmado ante lo bien que había quedado y el hermoso contraste entre fotos a color y fotos en blanco y negro. También le dio la enhorabuena por el artículo nuevo, que explicaba la relevancia de los dos tipos de fotos.

El artículo había pasado de un insignificante texto acerca de la ternura de los niños a un reportaje profundo que se preguntaba qué pasaba en el mundo para que pudiera haber bebés sufriendo.

Tal vez Aiden sabría ver el lado positivo del nuevo artículo.

Colleen sospechaba que se estaba engañando a sí misma. Por lo que la madre de Aiden le había contado, lo más probable era que se negara a contemplar las fotos, aunque necesitara hacerlo.

–¿En qué diablos estabas pensando?

Colleen se giró sorprendida. Aiden estaba en la puerta de su despacho y la miraba muy furioso. Tenía tan buen aspecto como siempre, a pesar de que parecía recién levantado de la cama.

Antes de que ella pudiera dejar de pensar en el buen aspecto que tenía, él se acercó y se detuvo delante de su mesa.

–Maldita sea, Colleen. No tenías derecho a convencer a mi madre para publicar esas fotos.

Se cruzó de brazos y la miró muy serio.

Estaba muy furioso. Ella nunca lo había visto así.

Estaba claro que había cometido un gran error al pedirle a la madre de Aiden las fotos. Deseó haberlo hecho de otra forma, deseó

haberlo pensado mejor, haber pensado en cómo reaccionaría Aiden.

Pero ahí estaba… Su gran defecto estaba asomando la cabeza. Si hubiera sabido algo sobre relaciones humanas, habría intuido lo furioso que se pondría y habría sabido más acerca de sus sentimientos.

Habría sabido lo mucho que la publicación de aquellas fotos lo iba a afectar, sin pensar en el responsable.

Pero en lugar de eso había pensado en su bien, en cómo podría ayudarlo a subir profesionalmente. Estaba claro por su mirada que el hecho de estar curado o no no le importaba.

Seguía estando muy furioso con ella.

Bien. Colleen estaba decidida. No le importaba lo que Aiden pensara de ella. Estaba dispuesta a hacerle ver que necesitaba enfrentarse a aquellas fotos.

Aiden se refugió en su furia para no fijarse en la expresión de dolor de la cara de Colleen, o en lo atractiva que estaba con aquel traje verde. No quería compadecerse de ella, o dejar que aquel dolor en su mirada lo afectara, o que su belleza le impidiera decirle lo que quería decirle.

No podía dejar que algo así le sucediera una vez más. Le había permitido que lo abandonara hacía ocho años sin pedirle explicaciones. En su lugar había comenzado una vida llena de horrores, algo que pesaba sobre él.

Ella se había entrometido en su vida y tenía que dejárselo claro.

Aiden se apoyó en la mesa y la miró fijamente.

–¿Y bien? –volvió a hablar él.

Ella tomó aire y después lo miró con firmeza.

–¿Por qué estás tan enfadado? El artículo ha quedado muy bien. Hasta Joe está de acuerdo. Esto podría ayudarte mucho en tu carrera.

Él se apartó.

–No estamos hablando de mi carrera…

–¿Desde cuándo? –le dijo interrumpiéndolo–. Desde que volviste del extranjero sólo te ha preocupado tu carrera.

Aiden deseó que hubiera sido así, pero no era cierto. Había pasado mucho tiempo pensando en Colleen desde que había vuelto.

Y en aquellos momentos estaba pagando por ello.

Él asintió. No estaba dispuesto a confesarle lo que estaba pensando, no estaba dispuesto a decirle la cantidad de poder que tenía sobre él.

–Tienes razón, quería dedicarme a fotografiar niños. Y estaba yendo bastante bien. Este era el artículo perfecto para empezar mi carrera –apretó las manos–. Pero no me refiero a eso, me refiero a la nueva versión del artículo, una versión de la que no fui informado y que no era la que yo tenía en mente. Dios sabe que no quería nada que me recordara a… –se detuvo. ¿Acaso quería hablarle de aquellos terribles recuerdos? ¿Podría confesarle aquella culpa y el dolor que sentía por lo que había vivido?

Ella le tocó un brazo y él volvió a sentir aquella fragancia a melocotones que la caracterizaba.

–¿Que te recordara qué?

Él negó con la cabeza y se apartó de ella. No quería sentir su piel, no quería sentir su olor… No podía confesarle los horrores que había vivido, la inmensa culpa que sentía.

–¿Que te recordara lo que viste? –volvió a insistir ella.

Él sintió un profundo dolor. ¿Cómo podía alguien olvidar aquellas imágenes de niños hambrientos, muriéndose? Niños a los que no pudo ayudar. Aquellas imágenes y su incapacidad para hacer algo eran demasiado horribles para él, por lo menos si podía evitarlo. Cuando no podía aparecían de nuevo, aparecían en sueños y pesadillas y lo destrozaban poco a poco.

Lo único que podía hacer era asentir.

–Lo sé, Aiden, sé que estás enfadado porque no querías que esas fotos se publicaran –ella siguió hablando.

Él apretó los dientes.

–Quería olvidar lo que esas fotos representan, y tú me lo has recordado de nuevo.

–¿Pero no te das cuenta? Tú quieres olvidar y te rodeas de cosas bonitas porque deseas que todo lo feo desaparezca –se detuvo y se giró–. Pero créeme, no funcionará.

Ella le miró la espalda.

–¿Y por qué no?

Colleen se encogió de hombros.

–Tú me dijiste algunas cosas a las que a mí me ha costado

enfrentarme. Yo también tengo cosas malas en mi pasado… Las tuyas son peores, es verdad. Pero he intentado enfrentarme a ellas, y tú me has hecho ver que he usado mi infancia como excusa para no poner mi corazón en peligro –se giró, le estaba costando mucho hablar–. Ambos hemos estado haciendo lo mismo, aunque de formas diferentes. Yo he usado mi pasado como excusa para no amar. Tú estás evitando enfrentarte a tu pasado, y eso te está manteniendo alejado del mundo real.

–¿El mundo real? –dijo él con dureza. Había vivido un mundo demasiado real cuando estuvo fuera–. Yo ya he visto el mundo real, un mundo donde los niños morían delante de mí, donde familias enteras quedaban destrozadas a causa de las bombas y yo no podía hacer nada para salvarlos. No te atrevas a decirme que no conozco el mundo real, lo conozco muy bien.

–Lo sé, Aiden, y créeme, no estoy intentando quitarle importancia a lo que viviste. Pero enterrar el pasado y construir una nueva vida llena de cosas bonitas no forma parte del mundo real.

Aiden no quería enfrentarse a nada de aquello. El dolor y la culpa no tardarían en aparecer si lo hacía. ¿Y por qué insistía tanto sobre el tema? Normalmente ella era de las que huían de aquel tipo de conversaciones. Incluso había reconocido que era una experta en desconectar cuando las cosas se ponían feas.

No importaban las razones, él no estaba dispuesto a hablar de aquel tema.

Aiden se acercó a la puerta del despacho de Colleen. Se dio cuenta de que era hora de terminar con la relación entre ellos. Había terminado.

–Estás equivocada, Colleen. Yo no he enterrado mi pasado. Me he limitado a seguir adelante. Y ahora tengo que seguir, creo que nunca podré perdonarte por pensar en publicar las fotos sin consultarme. Incluso mentiste sobre la razón que te hizo acompañarme para conseguirlas.

Ella se quedó mirándolo y los ojos se le humedecieron. De repente Aiden pensó algo. ¿Acaso había estado deseando volver con él?

Aiden nunca habría pensado algo así, ya que ella pensaba que no sabía cómo amar. Aun así, su deseo llegaba con ocho años de retraso, y su intromisión había hecho que cualquier posibilidad de

estar juntos de nuevo desapareciera.

Él no podía ser el hombre que ella quería… Alguien que pudiera volver al infierno y superar los horrores que había vivido.

Un hombre que pudiera olvidar el daño que ella le había hecho al publicar aquellas fotos.

Sin saber qué decir, se giró para irse. Necesitaba estar solo. Necesitaba paz para olvidar lo que había vivido y sabía que Colleen nunca se la daría.

No podía volver a verla nunca más.

–Nunca serás realmente feliz hasta que no te enfrentes a tu pasado –le dijo ella antes de que se marchara.

Él pensó en sus palabras durante unos segundos y después las descartó.

–Estás muy equivocada, Colleen. Nunca seré feliz si me enfrento al pasado –se giró y la miró a los ojos–. Está claro que no puedo ser el hombre que tú quieres.

«Nunca he podido serlo», se dijo a sí mismo.

Una lágrima descendió por la mejilla de Colleen y aquello lo conmovió. Colleen tenía que haberse sincerado mucho como para poder llorar delante de él. Ella había cambiado, pero era demasiado tarde como para que aquello le importara.

Una estúpida esperanza creció en él, pero no la dejó brotar y se recordó a sí mismo que el precio que tendría que pagar para estar con Colleen era demasiado alto y no podría pagarlo de nuevo. Se repitió aquello una y otra vez y así fue capaz de darle la espalda y salir de su despacho. Estaba haciendo lo correcto.

Salió del edificio y se dirigió a su coche mientras pensaba en la vida que lo esperaba. Nunca volvería a oír la risa de Colleen, no volvería a ver sus brillantes ojos azules, no volvería a tenerla entre sus brazos ni a oler su dulce fragancia a melocotón.

Nunca tendrían un hijo.

De repente sintió un inmenso vacío.

Y, aunque no le gustó la idea, se preguntó si no se habría limitado a cambiar un dolor por otro.

Aiden se había ido.

Colleen se quedó mirando al vacío, aquel vacío que él había

dejado al marcharse.

En aquel momento se dio cuenta de que en el fondo ella había deseado que él la amara.

«Sé realista, Colleen», se dijo a sí misma. Aiden tenía sus propios fantasmas y aquello hacía que una relación entre los dos fuera imposible.

Estaba claro que tanto los problemas de él como los de ella eran insuperables. Su incapacidad para amar había creado una distancia entre ellos imposible de superar.

Seguía sin saber cómo tener una relación amorosa estable. Se había equivocado al colaborar en conseguir aquellas fotos y había hecho que Aiden se fuera para siempre.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ya había vivido algo así antes.

En aquel momento se daba cuenta de que había hecho lo mismo hacía ocho años al estropear su relación intencionadamente. Aquella vez no lo había hecho para arruinar nada, incluso había pensado que publicar aquellas fotos ayudaría a Aiden a superar sus temores.

Pero aquel no era el único problema.

Su defecto era tan importante que ella misma era parte del problema. Debía haber sabido lo doloroso que le resultaría a Aiden ver aquellas fotos, tenía que haber luchado por protegerlo de aquel dolor en lugar de forzarlo a enfrentarse a cosas a las que no quería enfrentarse.

Todo había terminado. Ella y Aiden eran historia. Había demasiadas cosas que los separaban.

La fantasía de que Aiden formara parte de su vida era tan sólo eso… Una fantasía que nunca se haría realidad.

Aquella verdad le dolía profundamente. Se odió por permitirse a sí misma vivir algo tan doloroso.

Capítulo 10

COMO LE había prometido a su madre ayudarla en el jardín, regresó a Oak Valley a pasar el resto del domingo con ellos. Seguía enfadado con su madre, pero era su madre y él sabía que lo había hecho con buena intención. La terminaría perdonando.

Trabajó con dureza y se esforzó por no pensar en lo vacío que se había quedado su corazón, a pesar de que su familia no dejaba de preguntarle por Colleen. Su padre incluso lo había arrinconado en el porche y le había hablado con su tono de señor compromiso, el señor de los consejos. En aquel preciso momento Aiden había sentido la necesidad de cortar el césped. Sabía que su padre lo seguiría, pero con el ruido del cortacésped sería difícil oírlo.

Al día siguiente Aiden regresó a su casa. Se había pasado toda la noche repitiéndose una y otra vez que había hecho lo correcto alejándose de Colleen. Joe lo había llamado para pedirle que se pasara por la redacción del *Beacon* y Aiden se dirigió hacia allá. Fue directamente al despacho de Joe y deseó no encontrarse con Colleen. El vacío que sentía cada vez que pensaba en una vida sin ella era demasiado reciente como para verla.

No quería hablar con nadie sobre el tema de Colleen. Ya estaba hecho y no había nada más que decir.

Quería cerrar aquel capítulo y continuar con su vida. Era más fácil así.

Entró en el despacho de Joe.

–Hola, Aiden, gracias por venir. Siéntate.

Aiden se sentó.

–¿Qué pasa, Joe?

Había decidido no decirle nada a Joe de su insistencia sobre las fotos, ya que en definitiva era su jefe y podía ayudarlo mucho en su carrera.

Joe sonrió y alzó una copia del artículo *Crónicas de bebés*.

–Esto es lo que sucede, la gente ha respondido muy bien ante tus fotos. Nos ha llamado gente que quiere hacer donaciones para

ayudar a esos niños, otros que quieren adoptarlos, otros alabando la sensibilidad del artículo.

Aiden se quedó estupefacto. Había estado tan enfadado por la publicación de las fotos y se había centrado tanto en el dolor que a él le causaban que no había pensado en que a otros podría enseñarles mucho. Tan sólo había pensado en librarse de ellas.

Y aunque odiaba el artículo por lo que representaba en su vida, habría sido un desalmado si no le agradara que a otros les hubiera hecho concienciarse sobre las necesidades de los niños.

–Eso es estupendo, Joe, ¿pero para qué me has llamado?

Joe bebió un poco de café.

–A causa del éxito de tu artículo, quisiera hacer otro. ¿Quieres participar?

Aiden inclinó la cabeza pensativo. La publicación de más fotos suyas le podría ayudar mucho a lanzar su carrera.

–Eso depende, me encantaría hacer fotos en otros exteriores…

Joe negó con la cabeza.

–No me refiero a eso, quiero más fotos como las que me diste en blanco y negro.

Aiden maldijo aquellas fotos y sintió un gran temor. Lo último que quería hacer era publicar más fotos de aquel tipo.

Maldijo también a Colleen, porque su intromisión parecía no dejar de tener consecuencias.

Negó con la cabeza, pero antes de que pudiera decir nada una mujer se asomó al despacho de Joe.

–Joe, el señor Parker ha adelantado vuestra reunión. Te espera ahora.

Joe se levantó.

–El gran jefe quiere verme –dijo agarrando una carpeta y dirigiéndose a la puerta–. Esta puede ser una gran oportunidad para ti y estoy seguro de que sabrás aprovecharla. ¿Qué mejor forma de que te conozcan y sacarle algo de partido a las fotos que hiciste? Tráeme esas fotos enseguida, me gustaría que aparecieran en la edición del miércoles, pasado mañana, así que las necesito rápido.

Sin mirar atrás y sin esperar una respuesta Joe se fue. Aiden se quedó sentado en el despacho con la boca abierta. Estaba furioso.

Estaba claro que Joe pensaba que estaba dispuesto a publicar aquellas fotos, estaba tan seguro de ello que ni siquiera había

esperado una respuesta de él.

Aiden se levantó y negó con la cabeza. ¿Por qué nadie entendía lo difícil que le resultaba mirar aquellas fotos? Todo el mundo parecía pensar que debía ser capaz de enfrentarse a todo aquello.

«Despierta, Forbes. Estás viviendo un sueño».

Aquel pensamiento le ponía muy incómodo, le hacía sentirse inútil.

Pero aunque odiaba que le obligaran a hacer algo que sabía que le causaría mucho dolor, se había dado cuenta de que no le sería tan fácil enterrar su pasado para siempre.

Quería olvidarse de los consejos de todo el mundo, consejos que él no había pedido. Y lo había hecho. Pero siempre se había visto como una persona razonable, por lo menos antes de irse a trabajar al extranjero.

Quizá era el momento de escuchar a la gente que lo quería.

Se asomó a la pequeña ventana en el despacho de Joe. Tenía que enfrentarse a la realidad, tenía que vivir el presente. De repente pensó que quizá publicar aquellas fotos podría ayudar a los niños que él no había podido ayudar. Aquello hizo que su culpa se mitigara un poco.

Además estaba claro que las fotos estaban causando un gran revuelo, lo que podría ayudarlo mucho profesionalmente.

Se apartó de la ventana. En realidad, si empezaba a ver las cosas desde aquella perspectiva, quizá no hubiera sido mala idea publicar las fotos, a pesar del dolor…

Colleen tenía razón, ella había sabido lo que él necesitaba y lo había llevado a cabo.

De repente sintió que le temblaban las piernas y se sentó.

«Colleen es lo mejor que me ha pasado en la vida».

Aquella idea se hizo cada vez más evidente en su cabeza y se dio cuenta de que ayudar a los niños y tener éxito en su carrera no era el resultado más importante de lo que Colleen había hecho.

Colleen le había mostrado que él podía hacerse cargo del reto que era estar con ella.

Y era un gran reto. Había luchado contra su deseo y había usado su abandono para olvidarla. Pero la verdad estaba ahí y era imposible ignorarla.

Deseaba a Colleen.

De repente sintió una gran ansiedad.

Tendría que enfrentarse al pasado para estar con ella. Colleen lo había obligado a aceptar aquella condición. De repente sintió una gran admiración por ella.

Pensó en la sonrisa de Colleen, en lo maravillosa que había sido con la pequeña Laura, en cómo lo había ayudado con la sesión de Sun Mountain, cómo había logrado hacerse un sitio en su familia.

Era una mujer increíble. Siempre lo había sido. Por eso se había enamorado de ella hacía ocho años.

«…Enterrar el pasado y construir una nueva vida llena de cosas bonitas no forma parte del mundo real».

Las sabias palabras de Colleen resonaban en su cabeza una y otra vez y lo obligaban a mirarse por dentro, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

Quizá nunca lo había hecho.

Aiden maldijo en voz baja. Ella tenía razón. Había regresado del extranjero lleno de horribles recuerdos y de culpa que quería hacer desaparecer de su cabeza pensando en cosas bonitas, en un mundo ideal de bebés sanos y felices.

Había sido muy sencillo mantener lo que sentía hacia Colleen a un lado porque ella no podía formar parte de la vida que él quería, no era la mujer para él. Había estado usando la idea de una vida ideal como forma de protegerse de Colleen, porque ella era todo menos ideal.

Pero en aquellos momentos se daba cuenta de que construir una vida para evitar enfrentarse al lado más desagradable de su pasado era un error… La verdad estaba debajo de todos aquellos engaños.

La amaba. Seguía amándola.

Aquella idea debía haberlo sorprendido, pero no fue así. En algún lugar de su interior ya lo había sospechado, ya sabía que la seguía amando cuando al irse de su despacho notó que el dolor que sentía al pensar que no iba a volver a verla era más profundo que el que sentía al contemplar las fotos.

Se había limitado a cambiar un dolor por otro, y no quería vivir con el dolor que suponía pensar en una vida sin Colleen.

Estaba dispuesto a enfrentarse a su pasado por ella. No volver a verla nunca más era peor que tener que enfrentarse a aquellos terribles recuerdos.

De repente Aiden sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima y se preguntó cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta. Haría cualquier cosa por conseguir a Colleen, y aquello incluía publicar unas fotos que le recordaban tantas cosas horribles.

Aiden estaba ansioso por decírselo, y se dirigió rápidamente hacia el despacho de Colleen.

Pero ella no estaba allí.

Le costó reconocer el despacho.

Estaba muy ordenado y limpio y había dos plantas nuevas. Había también una foto de Laura sobre la mesa y un par de fotos de cachorros.

Se sentó en una silla, totalmente sorprendido. Aquel no era el despacho de una mujer desorganizada y nerviosa, sino todo lo contrario.

Una mujer que tal vez ya no deseaba estar con él.

Aiden pensó en aquello.

De repente se quedó mirando la foto del cachorro. Colleen no había adoptado el cachorro de Molly aunque le tenía mucho cariño, aunque parecían hechos el uno para el otro.

Como también lo había abandonado a él.

De repente Aiden tuvo una idea y supo exactamente lo que tenía que hacer.

El martes Colleen trabajó durante todo el día, aunque Aiden aparecía en su cabeza una y otra vez. Era incapaz de olvidarse de su olor, de su sonrisa y de lo bien que se sentía cuando estaba entre sus brazos.

Estaba deseando estar con él, pero se recordó a sí misma que desearlo no era más que una fantasía. Estaba demasiado inmerso en su pasado como para poder amarla y, aunque él pudiera hacerlo, ella seguía teniendo muchas dudas acerca de su capacidad para amar. Además, nunca la perdonaría por entrometerse en su vida.

La verdad hacía daño, pero no podía ignorarla.

A mediodía comió con su mejor amiga, Erin, que estaba muy contenta porque acababa de quedarse embarazada por primera vez. Erin había conocido a su marido, Jared, cuando lo entrevistó para un artículo sobre hombres solteros. Les había costado mucho

confesarse su amor, y su amiga la criticó duramente por no luchar más para estar con Aiden.

Colleen le dijo a su amiga que no podía hacerlo. Le contó lo enfadado que estaba con ella por lo del artículo y que le había dejado muy claro que no estaba dispuesto a enfrentarse a su pasado por ella.

Y además, ¿cómo podía arriesgarse a que la rechazara cuando ni siquiera sabía si ella era capaz de amarlo como se merecía?

No. Tenía que olvidarse de Aiden definitivamente.

Después del trabajo se fue a casa para trabajar en un artículo que debía entregar al día siguiente. Mientras trabajaba en la mesa de la cocina, intentando concentrarse en el tema del artículo y no en Aiden, la embargó la tristeza. Cuando terminó de escribirlo lo único que quería hacer era irse a la cama, taparse bien y olvidarse de la inmensa pena que sentía.

De repente sonó el timbre. Frunció el ceño y se dirigió a la puerta principal. Era tarde.

Miró por la mirilla y sólo pudo ver un cachorro negro.

Lo miró sorprendida. Después vio la cara de Aiden. Estaba sonriendo.

Colleen se emocionó y luego suspiró y deseó que verlo no la alegrara tanto.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué sonreía? La última vez que lo había visto estaba muy furioso.

Abrió la puerta.

–Aiden –le dijo mientras lo miraba fijamente–. ¿Por qué tienes ese cachorro?

Aiden entró en la casa como si fuera suya.

–Es para ti.

Colleen lo miró fijamente.

–¿Para mí?

–Sí –dijo mientras le ofrecía el cachorro–. Es todo tuyo.

–No, no –le dijo ella apartándose y negando con la cabeza–. Yo no… eh… Yo no quiero un cachorro –pero no era verdad. Sí que lo quería. Quería tomarlo entre sus brazos, acariciarlo y besarlo. Pero no podía hacerlo. Se sentía débil y no era el momento de torturarse con cosas que no podía tener, con cosas que le causaban dolor.

Había demostrado lo incapaz que era de cuidar de otros al

estropear su relación con Aiden. Seguía sin saber cómo querer a nadie, ni siquiera a un cachorro.

–Yo creo que sí que lo quieres, Colleen –le dijo ofreciéndoselo de nuevo con una sonrisa–. Estuviste con él en brazos mucho tiempo, creo que lo quieres.

Ella se mordió el labio. Él tenía razón, y en realidad, ¿qué tenía de malo acariciarlo un ratito? Colleen no se pudo resistir, le tendió las manos y lo tomó en brazos.

Lo abrazó con fuerza y se enterneció.

–De acuerdo –dijo Aiden mientras se dirigía a la puerta–. Tengo que irme.

Colleen lo miró horrorizada. No tenía ni idea de cómo cuidar de un cachorro.

–¿Te vas? –le dijo mientras lo seguía rápidamente.

–Sí –le dijo él sin entender muy bien–. ¿Algún problema? Ya te he dicho que es tuyo.

–Claro que hay un problema. No puedes venir a mi casa, darme un cachorro e irte… Yo no sé cómo cuidar de un cachorro.

Él alzó un dedo.

–Me lo imaginé –salió al porche y volvió a entrar con una cesta llena de cosas para cachorros–. Aquí tienes todo lo que necesitas, incluyendo un libro de instrucciones. Ya ha comido, así que no te preocupes por eso, pero tendrás que sacarlo para que haga sus necesidades antes de que te acuestes.

Ella lo miró estupefacta.

–No, Aiden… No puedo hacerlo.

–Por supuesto que puedes –le dijo mientras le daba unas palmaditas en la espalda–. Te las arreglarás.

Después se fue y la dejó allí, con un cachorro al que no sabía cómo cuidar.

Colleen sintió ganas de correr detrás de él y decirle, no, exigirle que se llevara aquel cachorro enseguida. Pero le gustaba tanto tenerlo entre sus brazos…

Se mordió el labio y lo miró. Era el animal más tierno que había visto en su vida. Lo acarició con dulzura y el cachorro le lamió la mejilla.

De repente Colleen sintió que tenía el corazón al descubierto.

Aquel sentimiento la asustaba. Ser responsable del cuidado de

una vida había sido algo que había evitado durante mucho tiempo. No podía cuidar a nadie más, no podía darle comida y amor.

El cachorro hizo un ruido como exigiendo la atención de Colleen. Ella lo acarició y se quedó mirándolo absorta. El cachorro la miró y ella se enterneció una vez más.

Aunque siempre había evitado tener algo así, el gesto de Aiden la había emocionado. Era un gesto muy bonito e inesperado. Se había molestado en regalarle su cachorro. Nadie nunca había hecho algo tan especial por ella.

Aiden era un hombre fantástico, único.

Un hombre al que no debía dejar escapar.

De repente Colleen sintió que había esperanza y aquello iluminó todo su interior. ¿Era posible que ella y Aiden pudieran estar juntos en el futuro? Ella deseaba que aquello fuera verdad…

Pero detuvo aquella idea inmediatamente. Nada había cambiado. Ella seguía teniendo un defecto insuperable. El cachorro era sólo un bonito regalo, nada más, y era una tonta si se permitía desear algo que nunca sería posible. Necesitaba dejar de pensar en un maravilloso futuro con Aiden y centrarse en el presente.

No quiso pensar en el dolor y en la sensación de pérdida que sintió de repente. Levantó al cachorro y lo miró.

–De acuerdo, pequeño. Lo intentaré. Estamos solos tú y yo –miró la cesta llena de cosas. Sujetó al cachorro en una mano y con la otra llevó la cesta al salón y se sentó en el sofá.

Tomó el libro, colocó al cachorro sobre su regazo y comenzó a leer.

Con un pequeño suspiro, el cachorro apoyó la cabeza sobre su regazo y cerró los ojos con una tranquilidad propia de quien piensa que todo va bien.

Colleen deseó tener la misma confianza.

A la mañana siguiente, Colleen se levantó de la cama agotada. El cachorro, al que había decidido llamar Lexi en algún momento alrededor de las tres de la mañana, casi no había dormido nada en toda la noche. Había empezado a llorar en cuanto Colleen lo colocó en una caja de cartón con una toalla vieja.

Colleen había sido incapaz de aguantar los gemidos del cachorro

y lo había tomado en brazos. Sobre las cuatro de la mañana ambos consiguieron dormirse.

Colleen tenía que ir al trabajo, aunque podía llegar un poco tarde ya que había ido temprano los últimos días y tenía el trabajo adelantado. Sacó a Lexi, le dio de comer y jugó un rato con él. La verdad era que cuidar de un cachorro llevaba bastante tiempo.

Aunque a Colleen no le gustó la idea de tener que dejar a Lexi solo durante sus horas de trabajo, se tranquilizó al pensar que podía ir a verlo a la hora de comer y así sacarlo un rato y darle de comer. Los cachorros comían muy a menudo.

Colleen miró a Lexi y al verlo tan acomodado en su cajita se tranquilizó, le dio un beso y se dispuso a marcharse. El perrito la miró con ojos tristes y después soltó un gemido como pidiéndole que no se marchara.

–Ay, pequeñito, sabes perfectamente cómo conmoverme, ¿verdad?

Lexi movió el rabo.

Colleen se mordió el labio.

–De acuerdo, te acariciaré durante unos minutos, pero luego me voy.

Se arrodilló y tomó a Lexi en brazos, mientras una gran felicidad la invadía. De repente sonó el timbre. Colleen atravesó la cocina con Lexi en brazos, se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

Aiden estaba al otro lado de la puerta y la saludaba con la mano.

Colleen se sintió muy feliz, pero intentó no dejar que aquella sensación la dominara. Aunque Aiden siempre sería alguien muy especial para ella, se recordó a sí misma que no podían estar juntos. Sólo tenía que pensar en su error al publicar aquellas fotos para recordar que su gran defecto estaba todavía ahí.

Abrió la puerta decidida a resistirse a él y olvidarse de lo mucho que lo deseaba.

Aiden volvió a saludar con la mano, sus ojos brillaban de felicidad.

–¿Qué tal está el cachorro?

Ella alzó a Lexi mientras se preguntaba por qué Aiden estaba tan contento.

–Lexi está bien, gracias a Dios.

Él entró en la casa y acarició al cachorro.

Colleen cerró la puerta.

–Logró sobrevivir, ¿no? –preguntó él.

–Por supuesto que sí –alzó al cachorro y frotó la nariz contra su hocico–. Cuidé bien de ti, ¿no es así, Lexi?

–Pensé que no sabías cuidar de nada.

Ella se quedó con los ojos muy abiertos.

–Así que de eso se trata, ¿no? De demostrarme que sí puedo cuidar de algo.

Aiden se encogió de hombros.

–Quizá, pero tú dijiste una vez que no sabías cómo cuidar o querer nada, ¿no es así?

Ella lo miró muy enfadada.

–Sí, lo dije…

–Pero has podido cuidar de… ¿Cómo lo has llamado? ¿Lexi? Es un nombre perfecto. Bueno, has podido cuidar de él, ¿no es así?

–Eso es diferente –le dijo muy enfadada. Le molestaba que la hubiera manipulado de aquella forma. Se detuvo delante de él–. Cuidar de un perro no es lo mismo que ser capaz de amar a otra persona.

Él extendió la mano para acariciar la mejilla de ella.

–Es cuestión de niveles, cariño. Te traje el perro por dos razones. La primera, porque los dos debéis estar juntos, y la segunda, para demostrarte que eres capaz de amar y de cuidar de alguien.

La curiosidad que había sentido por el repentino cambio de actitud de Aiden desapareció cuando él le tocó la mejilla y en su lugar apareció un profundo temor. Creía que sabía adónde quería llegar con todo aquello y no quería que siguiera por allí. Seguía temiendo que el defecto que había hecho que sus padres la abandonaran arruinara también sus posibilidades de estar con Aiden.

Se giró y le dio la espalda. Odiaba aquella vulnerabilidad que estaba apareciendo en ella, el temor a amar a alguien y fracasar, un temor que siempre la había paralizado.

–He cuidado de un cachorro una noche, tampoco es para tanto.

Él le tocó el hombro.

–Significa mucho para ti –Aiden la obligó a girarse y a mirarlo–. Yo creo que esto se te da muy bien, creo que sólo te da miedo amar y fracasar. Pero no has fracasado, ¿no es así? –le preguntó mientras

la miraba fijamente–. No fracasaste ni con Laura, ni con mi familia, ni con el cachorro. Has estado haciendo todo lo que pensabas que no podías hacer.

Aquellas palabras eran tentadoras y a Colleen le hubiera gustado mucho poder creerlas, pero tan sólo le hacían daño.

–¿Cómo puedes decir eso después de lo que te hice? –le dijo a punto de llorar–. Pensé que ya estarías muy lejos por lo que hice con las fotos.

Él tomó aire.

–Reconozco que no reaccioné bien. Pero algo pasó que me hizo darme cuanta de que tenías razón. Es verdad que necesito enfrentarme al pasado para curarme.

–¿Qué pasó?

El pulso de Colleen se aceleró. ¿Acaso la había hecho caso finalmente?

–Joe me pidió más fotos.

–Lo lamento, Aiden.

–No, no lo lamentes –dijo negando con la cabeza–. Me alegro de que lo hiciera.

–¿Por qué? –logró preguntarle.

Él la miró fijamente con aquellos increíbles ojos verdes.

–Porque me ayudó a darme cuenta de que lo que tú me habías dicho era verdad. Intentaba crear un mundo ideal para olvidarme de las cosas malas del pasado. Cuando Joe me pidió aquellas fotos me di cuenta de que se podía sacar algo bueno de unas vivencias tan horribles y de que el tiempo que pasé en el extranjero merecería la pena si se podía hacer algo bueno con las fotos –la agarró de los hombros y le sonrió–. Tenías razón, sabías exactamente lo que necesitaba, afrontar mis pesadillas del pasado para poder vivir el presente y el futuro –un futuro que ella quería compartir con él… Pero no podía hacerlo ¿O sí podía?–. Haz que algo bueno salga de lo que has vivido, hazlo tú también. Dale la vuelta. Termina el ciclo.

Aquellas palabras resonaron en su cabeza una y otra vez. Parecían tan verdaderas… De repente, todo su mundo, todas las cosas en las que había creído estaban cambiando.

Y todo gracias a Aiden.

El increíble, el maravilloso y valiente Aiden. Él había encontrado la fuerza y la valentía para enfrentarse a su pasado y hacer que algo

bueno saliera de todo aquello.

¿Podría ella hacer lo mismo? ¿Podría ella darle la vuelta a sus traumas por él?

De repente sintió el pequeño cuerpo de Lexi en sus brazos, y entendió lo que le había llevado a Aiden a hacerlo. Ella había cuidado bien de Lexi, y también lo había hecho bien con Laura.

Además había encontrado su lugar en la familia de Aiden, y había disfrutado mucho con ellos. Estaba claro que aquellas no eran cosas difíciles para la mayoría de la gente, pero para una mujer que pensaba que ella nunca podría tener una familia era algo muy importante.

Quizá sí que podía amar alguien.

Miró a Aiden con esperanza.

–¿Qué quieres decir?

Él le agarró una mano.

–Lo que quiero decir es lo siguiente… Yo temía que tú me hicieras enfrentarme a cosas a las que yo no quería enfrentarme –le sonrió con dulzura–. Y lo hiciste, tú siempre has sido un reto constante para mí, me retaste a amarte, me retaste a que me enfrentara con mi pasado y me obligaste a afrontar la verdad.

–¿Y cuál es la verdad? –le preguntó casi sin poder creerse lo mucho que habían cambiado las cosas en tan poco tiempo, que Aiden había tomado el camino difícil y se había enfrentado con lo que más daño le causaba.

De repente Colleen sintió una profunda admiración y un gran amor y esperó ansiosa su respuesta, porque sabía que su futuro, su vida, su felicidad, dependían de lo que Aiden dijera. Él le tomó la cara entre las manos y le acarició las mejillas con los dedos.

–Que estoy dispuesto a enfrentarme a mi pasado porque te quiero, y quiero que este amor forme parte de mi vida para siempre. Y creo que tú sabes cómo amar, cariño. Lo veo en ti todos los días.

Cuando él pronunció las palabras que ella creía que nunca diría, Colleen sintió que ya no estaba asustada ni triste. Algo se liberó en su corazón y por primera vez lo sintió entero, completo.

Y de repente todo se colocó en su sitio y pudo ver la verdad por primera vez. Aiden le había mostrado que ella también había usado la excusa de su pasado para evitar el amor y el dolor que aquel

sentimiento siempre le había causado, como el abandono de sus padres.

Pero Aiden le había hecho ver que el amor era algo que provenía de lo más profundo, algo que ella tenía dentro a pesar de su horrible infancia, a pesar de lo que sus padres habían hecho.

También le había enseñado que lo que había sucedido en el pasado no tenía por qué repetirse en el futuro.

Aun así, liberarse de todo lo que había usado para protegerse era dar un paso tan grande que no estaba segura de poder hacerlo.

Colleen sintió que todo su cuerpo temblaba. Miró a Aiden. Era la única persona en el mundo que podía ayudarla a dar ese gran paso.

–Todo esto me asusta –le susurró–. ¿Y si fracaso? ¿Y si no lo hago bien? El amor nunca se me ha dado muy bien.

Él la estrechó entre sus brazos y acercó su boca al oído de ella.

–Deja que yo juzgue eso. Y no fallarás porque todo lo que necesitas está aquí –le puso una mano sobre el corazón–. Y aquí –dijo colocando una mano de ella sobre su propio corazón–. Juntos podemos hacer que esto funcione, y además –le dijo mientras la miraba con unos ojos llenos de amor–, si sales corriendo piensa en lo que te estarías perdiendo –se acercó a ella y le dio un beso en la boca.

Al sentir los labios de él sobre los suyos, aquella ternura le llegó al corazón e hizo que las puertas de éste se abrieran de par en par.

Gracias al cielo Aiden le había mostrado al enfrentarse a sus miedos que ella debía hacer lo mismo por él, por el amor que ambos sentían el uno por el otro.

Por los dos.

Ella se separó de él y le sonrió. Estaba preparada para decir aquellas palabras que siempre se había creído incapaz de pronunciar, aquellas palabras que sentía que tenía que decir.

–Te quiero, Aiden, te quiero con todo mi corazón.

Él la miró y sonrió con ganas.

–Cásate conmigo, Colly. Cásate conmigo y escribamos nuestra propia «crónica sobre bebés». Me encantaría tener una hija igual a ti.

Colleen no podía creer la inmensa alegría que sentía.

–¿Y qué te parece un hijo que sea igual que tú?

Él le besó la nariz.

–¿Y qué te parece los dos? Siempre que estés a mi lado yo seré inmensamente feliz.

Luego Aiden comenzó a besarle la mejilla hasta llegar a sus labios. Ella le devolvió el beso con fervor. Por primera vez en su vida, Colleen se sentía completa, llena de un amor que nunca había esperado, nunca había imaginado, nunca había soñado que sería suyo.

Un amor del que cuidaría el resto de su vida.